

# CRISTIANIDAD



## 18 RAZON DE ESTE NUMERO

que ya se ha repetido muchas veces, es necesario decirlo una vez más, ante el soberbio anuncio de otras redenciones con que el modernismo pretende salvar al género humano. La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, suceso el más trascendental de la historia de la Humanidad, ocupa la atención preferente de este número.

Jesús se hizo hombre para pagar nuestras culpas. Sólo Él podía lavar la tremenda afrenta. Y esto,

**Editorial: Ojeada retrospectiva.**

Sección «**Plura ut unum**»: **El himno "La Navidad" de Alejandro Manzoni**, por Manuel de Montoliu, seguido del poema original y su traducción (págs. 3, 4, 5, 6 y 7); **La gran alegría del Salvador. Fragmento del Evangelio de Navidad**, por Isidro Gomá Civit, Pbro. (págs. 8, 9 y 10); **Himno a Cristo Rey y Salvador**, de San Clemente (pág. 11); **Fechas principales de la vida de Cristo**, por el P. José M.<sup>a</sup> Bover, S. J. (págs. 12 y 14); **Jesús Niño debedor de la concupiscencia**, por el P. Ignacio Corrons, S. J. (págs. 15 y 16); **Navidad**, poesía por Tomás Lamarca (pág. 16); **Cristo debedor de las tinieblas**, por Miguel Melendres, Pbro. (págs. 17 y 18); **La redención bergsoniana**, por Jaime Bofill (págs. 19, 20 y 21).

Sección «**Del Tesoro perenne**», «**Nova et vétera**»: **Sermón en la fiesta del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo**, por Fr. Luis de Granada (pág. 22).

Sección «**A la luz del Vaticano**»: **La Vida**. Comentario internacional. **La grave situación de Francia (V)**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 23 y 24).

Los dibujos que ilustran el presente número, son originales de Ignacio M.<sup>a</sup> Serra Goday y de Joaquín Mascaró.



# ECCLESIA

Organo Oficial de la Acción Católica Española

Reportajes  
GRÁFICOS

Crítica moral de  
ESPECTÁCULOS y LIBROS

Información católica  
NACIONAL y EXTRANJERA

Documentos  
PONTIFICIOS y EPISCOPALES

Administración: Alfonso XI, 4 - Madrid

Lector:

Contribuye con  
tú óbolo a la  
COLECTA orga-  
nizada por la  
JUNTA  
DIOCESANA  
DE ACCIÓN  
CATÓLICA  
PARA LA

## NAVIDAD DEL POBRE

GRAN FESTIVAL BENÉFICO PRO

## "Hospital de San Lázaro" y "Pobres Desvalidos"

Patrocinado por RADIO ESPAÑA DE BARCELONA, S. A., se celebrará (D. m.) a las 6 de la tarde del día 4 de enero próximo en la CASA DEL MÉDICO, Vía Layetana, 31

### PROGRAMA

I	II	III
Representación del cuadro bibli- co titulado <b>MARTA Y MARIA</b> , de doña Teresa Cabarrús de Marshall	Concierto en Re mayor <b>Corona- ción</b> , de Mozart con pequeña orquesta de cuerda	<b>T Ó B O L O</b>
María . . . Srta. Josefina Rizo Marta . . . » Eugenia Mata Una mujer. » Gracia Sánchez	2.º Piano a cargo de la profe- sora Srta. <b>Mercedes Roldós</b> .	
Discípulas de <b>Marta Grau</b>	Pianista: <b>Enrique J. Cervelló</b>	
Coro a voces blancas dirigido por el maestro <b>Antonio Catalá</b>	(Retransmisión a las 7 de la tarde)	

Suscriptor: Coopera con tu generoso donativo

INVITACIONES: Casa Ribas - Rambla Cataluña, 5  
Librería Mediterránea - Av. Generalísimo, 403  
"Cristiandad" - Caspe, 60

# CRISTIANDAD

NÚMERO 18 - AÑO I

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL . . . . . 48' - Ptas.  
TRIMESTRAL . . . . . 12' - »  
EJEMPLAR . . . . . 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

15 Diciembre de 1944

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
CASPE, 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870  
**BARCELONA**  
ECHEGARAY, 19 - MADRID

## OJEADA RETROSPECTIVA

En su primer número presentó CRISTIANDAD un cuadro de la sociedad actual, según la visión que en sus primeras Encíclicas nos ofrecen los Papas modernos.

El tono de estos documentos —decíamos— es particularmente grave... Pero sus palabras traducen temor, no desaliento; y no se paran a describir los males de la sociedad moderna, sino para acudir a procurarle remedio.

Exponer cuál sea este remedio era —añadíamos— la última razón de ser de CRISTIANDAD. A este fin se han dirigido, por tanto, la mayor parte de los números aparecidos en este primer año de su publicación.

\* \* \*

### La lección de los Papas

Dos concepciones del hombre y de la vida se hallan frente a frente: la concepción cristiana, única base de verdadera civilización, y la sostenida por la civilización moderna. La primera, fundada en el Evangelio y la Iglesia de Cristo. La segunda, nacida de la Reforma, del filosofismo y de la Revolución, este fenómeno histórico característico de los tiempos modernos que, bajo diferentes formas, ora agresiva y brutal, ora suave y astuta, y hasta alguna vez beata, pero en el fondo siempre la misma, viene minando nuestra sociedad desde su primer estallido en 1789.

Así, aparentemente vencida en 1815, abandona el radicalismo primitivo para reaparecer en su forma "liberal" con la monarquía de julio. "El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna", es la nueva consigna de la Revolución, que ha ganado a su causa a los elementos "moderados", y llegado incluso a infiltrarse en el campo católico. Y Pío IX, aclamado en los primeros días de su Pontificado como el "Papa liberal" (máxima aspiración de las sectas), tiene que salir en defensa de la civilización verdadera, condenando aquella proposición con otras setenta y nueve en el "Syllabus" de los errores modernos. (N.º 4.)

A su azaroso reinado, el más largo y más amargo quizás después del de Pedro, le sucede León XIII. Su Pontificado, al que dedicamos los números 10 y 11, representa un supremo intento de reconciliación con los poderes civiles. A este fin consagra todas sus fuerzas, su experiencia y su tacto, su talento y su gran caridad; pero todo fué inútil. De ahí la profunda tristeza que le embargó en los últimos años de su vida, y que le hace exclamar: "en tan difícil y lamentable estado, puesto que los males son humanamente incurables, no nos queda más camino que pedir a la virtud divina el remedio completo a todos ellos".

Pero la obra imperecedera de su Pontificado es el cuerpo admirable de sus Encíclicas, en las que mantuvo íntegramente la línea fijada por Pío IX y sus antecesores, recogiendo y ampliando la doctrina de la Iglesia sobre las más importantes cuestiones que agitan la sociedad moderna (la autoridad, la libertad, las relaciones de la Iglesia y el Estado, la situación de los obreros, la masonería, etc.), y coronando esta obra, la Encíclica "Annum Sacrum", estimada por León XIII como "el acto más importante de su Pontificado", en la que consagró "todo el linaje humano al Augustísimo Corazón de Jesús".

Esta devoción, que considera estrechamente unida al Reinado social de Jesucristo y, por lo mismo, "no sólo en el futuro siglo", "sino también en esta vida mortal", es el supremo remedio que, sin despreñar el concurso de los "auxilios humanos", propone León XIII a nuestra sociedad enferma.

Desarrollando y aplicando este remedio, su sucesor Pío X, el Papa de la Eucaristía, adopta por lema de su Pontificado: "instaurare omnia in Christo"; restaurar en Cristo, "no sólo cuanto corresponde propiamente al divino cargo de la Iglesia, que es guiar las almas a Dios, mas también cuanto del divino cargo se deriva, que es la civilización cristiana..."; lo cual le lleva a enfrentarse con el espíritu modernista, hijo del liberalismo de la época, que invade todas las esferas, incluso la eclesiástica. (N.º 13.)

El corto Pontificado de su sucesor Benedicto XV, en su mayor parte absorbido por las preocupaciones de la pasada gran guerra, nos dió ocasión de estudiar en el n.º 16 el aparentemente dichoso periodo de paz de 1870 a 1914, caracterizado por la desenfrenada carrera de armamentos que condujo a aquella catástrofe; y de apreciar la admirable previsión del Pontífice al advertir "que la vida y la esencia del cristianismo recibirían una herida gravísima, toda vez que su fuerza proviene de la caridad...; si la firma de la paz dejara subsistir obscuras enemistades entre las naciones".

Pero aquella tragedia no sirvió de escarmiento, y le sucedió otra paz armada, llena de rencor y de odio, cuyos amargos frutos está hoy pagando la humanidad a un alto precio de sangre.

No le faltó tampoco en este periodo un guía providencial, el Papa Pío XI,

que con cierta visión le denunció el peligro: "esperamos la paz y este bien no vino...", "pueblos enteros está en peligro de caer de nuevo en una barbarie peor que aquella en que aún yacía la mayor parte del mundo al aparecer el Redentor"; y al mismo tiempo señaló su más honda causa, "el olvido de Dios", y le ofreció el único remedio: "la paz de Cristo en el Reino de Cristo".

Pío IX se había atrevido a desafiar el empuje del liberalismo naciente; Pío XI —decíamos en el n.º 15, dedicado a este Pontífice— se atreve a proponer remedio al liberalismo fracasado. Pero este remedio —añadimos— no es otro que una verdadera rendición incondicional: la aceptación del Reino de Cristo y por lo mismo la renuncia del principio fundamental de la indiferencia religiosa. Ya que afirma el Papa, "No hay paz de Cristo si no en el Reino de Cristo".

Y llegamos ya al Pontífice reinante, nuestro Santo Padre Pío XII, a quien CRISTIANDAD dedicó su segundo número. En él encontramos la misma visión del mal, cuya causa señala en "el agnosticismo religioso y moral", y cuyo remedio pone en la instauración de la Realeza de Cristo, de la cual quiere hacer el "alfa y omega" de su Pontificado.

Pero Pío XII, ante la gravedad creciente del peligro, da un paso más: recurre a la que es Madre de la Misericordia en busca de "auxilio y defensa en las presentes calamidades", y consagra la Iglesia y todo el género humano al Inmaculado Corazón de María (como antes lo fueron al Corazón de su Hijo Jesús), para que "su amor y patrocinio ACELEREN EL TRIUNFO DEL REINO DE DIOS."

\* \* \*

## Las esperanzas de la Iglesia

Sobre el fondo de estos seis Pontificados —núcleo central de la colección hasta hoy publicada— destacan con singular relieve, por la importancia capital de su objeto, los números dedicados a Pentecostés, al Sagrado Corazón, a Cristo Rey y a la Inmaculada.

Va dirigido el primero a estudiar, no tanto la obra del Espíritu Santo en las almas, como —por corresponder mejor al carácter de esta revista— la obra del Divino Espíritu sobre la sociedad, o sea la providencia de Dios en la Historia.

Esta Providencia podemos estudiarla de dos maneras: En cuanto nos es conocida por la luz natural de la razón; y en todo aquello que nos es dado conocer de ella con la luz sobrenatural de la Revelación. Esta última fuente es la base de una nueva ciencia, que con razón ha podido llamarse "Teología de la Historia".

Como ejemplo de ella, presentábamos dos profecías históricas: la de los Imperios de Daniel, y la del apóstol San Pablo sobre la conversión de los judíos; planteando luego el problema fundamental de la Historia, el destino terreno de la humanidad, en estos términos: ¿Puede variar el estado del mundo? ¿Puede esperarse un tiempo en que se participe más perfectamente de la Gracia del Espíritu Santo?

El n.º 6 de CRISTIANDAD, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, tabernáculo desde el cual el Divino Espíritu difunde su salvadora influencia sobre las almas y sobre los pueblos, va dirigido especialmente a remarcar la oportunidad de esta devoción, presentada por los Romanos Pontífices como el medio providencialmente escogido por Dios para salvar a la sociedad moderna y a indicar algunos de los principales obstáculos que le han salido al paso: el jansenismo y la revolución.

Una concepción sobrenatural de la vida es necesaria para restablecer el orden en la sociedad. El naturalismo, al afirmar que "en sola la naturaleza ha de buscarse el origen y norma de toda verdad", y que "sólo de ella provienen, y a ella han de referirse, cuantos deberes la religión impone", derriba los dos grandes pilares de la sociedad —la verdad y las virtudes cívicas—, negando la Revelación y la Gracia. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de toda la vida sobrenatural, es por tanto el supremo remedio de nuestra sociedad naturalista.

El n.º 15, dedicado a la fiesta de la Realeza de Cristo, instituida en nuestros días por S. S. Pío XI, va dirigido principalmente a exponer la virtualidad pacificadora de este Reinado, enunciada por dicho Papa con estas palabras: "La paz de Cristo en el Reino de Cristo".

Con tal motivo, expusimos allí los fundamentos de esta virtualidad, sacados de la Encíclica "Ubi arcano"; y comprobamos el fracaso de cuantas tentativas se han hecho, al margen de ella, para la pacificación del mundo, pues —como dice el Papa— "no hay institución humana alguna que pueda imponer a todas las naciones un código de leyes comunes acomodado a nuestros tiempos...". Sólo la Iglesia "puede custodiar la santidad del derecho de gentes", porque "es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio", por "su mandato divino", por "su naturaleza y constitución", y por "la majestad misma que le dan los siglos".

Y el n.º 17, dedicado a la Inmaculada Concepción, cuyo dogma —definido en nuestros tiempos por S. S. Pío IX— constituye una condenación de los errores modernos, una prenda de salvación para nuestra sociedad, y una firme esperanza en la satisfacción legítima de las tendencias y aspiraciones sociales de nuestra época, va dirigido a presentar a la Inmaculada como vencedora del reino de Satanás, no sólo de la antigua serpiente del paraíso, sino también del "Dragón" que, echado del cielo, espera en nuestro mundo el momento de devorar la descendencia escogida de la Mujer.

\* \* \*

Completan la colección de este año otros varios números, dedicados, unos a exponer algunos aspectos de la obra de la Iglesia a través de los siglos: El triunfo y la significación de la Santa Cruz, la difusión del cristianismo en el Imperio Romano y las causas de la decadencia y ruina de éste, la orden de la Merced, redentora de cautivos, la obra de los grandes fundadores (San Benito, Sto. Domingo, San Francisco de Asís, San Ignacio, etc.). Y otros números dedicados a dos de las grandes víctimas de la conflagración actual: la católica Polonia y Montecassino, cuna de nuestra civilización, destruida por la "civilización moderna".

\* \* \*

Esta ha sido la labor de este primer año de CRISTIANDAD, a la que damos cima con el presente número, dedicado a la Natividad del Redentor.

Sólo nos resta dar gracias a Dios por la ayuda prestada por nuestros colaboradores, y por la benévola acogida que nuestros suscriptores nos han dispensado.

Quiera Dios que el próximo año podamos continuar esta labor, para la difusión del Reino de Cristo.



## LA POESÍA LITÚRGICA, POESÍA DE LA HUMANIDAD

# El Himno "La Navidad"

## de Alejandro Manzoni

Por Manuel de MONTOLIU  
de la Real Academia de Buenas Letras

*Il Natale* de Alejandro Manzoni, que figura siempre en el primer lugar en todas las ediciones de sus famosos *Inni Sacri*, no fué el primero de ellos que publicó ni tampoco, quizá, que escribió. Sin duda, los primeros editores de los Himnos manzonianos siguieron el criterio de publicarlos por el orden cronológico de las grandes fiestas de la Iglesia que en ellos son celebradas. *La Navidad*, *La Pasión*, *La Resurrección*, *La Pentecostés*, *El Nombre de María*, *Todos los Santos*. ¿Los escribió su autor por el mismo orden? Lo ignoramos, aunque las fechas de su respectiva publicación en vida del autor dan cierto fundamento para contestar con una negativa a esta pregunta. Como hicimos notar en nuestro anterior comentario al himno de la *Pentecostés* (1), los *Himnos Sagrados* surgieron del número del gran poeta milanés como efecto inmediato de su feliz vuelta al seno maternal de la Iglesia. Esta tuvo lugar en 1810. Al cabo de solos dos años empezó a escribir sus Himnos. Publicó, el primero, *La Resurrección* en 1812; el segundo y el tercero, *El Nombre de María* y *La Navidad*, en 1813; el cuarto, *La Pasión*, en 1815, año en que los publicó juntos por primera vez. El último de los Himnos, *La Pentecostés* fué publicado en 1822, pero seguramente lo había escrito antes y debió hacerlo objeto de una larga y paciente elaboración. El último de sus Himnos fué el de *Todos los Santos*, que dejó inacabado e inédito.

*Il Natale*, es, como *La Pentecostés*, un magnífico ejemplar de poesía litúrgica. Hay que insistir, a nuestro juicio, en este género poético. Con lo que llamamos "poesía litúrgica" debe formarse en la clasificación de la poesía religiosa cristiana un grupo aparte perfectamente delimitado y diferenciado de la poesía mística, la ascética, la devota y la popular. La poesía litúrgica tiene una gloriosa tradición secular dentro del Catolicismo y remonta a los tiempos primitivos de los Padres de la Iglesia. Fué siempre escrita en lengua latina porque formaba parte integrante del culto y versaba siempre sobre los misterios sagrados de la Religión o glosaban las grandes festividades del mundo católico. Es portentosa la riqueza de esta poesía litúrgica, que brilla con los nombres esclarecidos de San Ambrosio, Prudencio, Sedulio, Fortunato y Santo

Tomás de Aquino, y cuyas creaciones fueron ya desde el principio designadas con el nombre de *Himnos*. Bastará al lector hojear el Breviario para hacerse cargo del inmenso caudal de los himnos litúrgicos compuestos durante la Edad Media.

Uno de los méritos de los *Inni Sacri* de Manzoni que, por lo que sepamos, no ha sido hasta ahora señalado, es la audacia y el acierto con que su inspirado autor renovó en pleno siglo XIX la secular tradición de la poesía litúrgica, interrumpida durante los últimos siglos. Esta audacia y al propio tiempo este acierto consisten, a mi entender, en el hecho de haber secularizado, digámoslo así, los antiguos himnos eclesiásticos con el uso de la lengua popular en lugar de la latina, y haber hecho, de este modo, accesible al público profano la belleza de una poesía que tiene el objeto exclusivo de glosar con entusiasmo lírico y con los recursos de la imaginación los grandes misterios de nuestra fe. Al sacarlos de los sagrados oficios del culto católico para darlos como pasto espiritual a todos los fieles en general y aún a los mismos que no comulgan en nuestra fe católica, Manzoni, lejos de cometer un acto de profanación laica con la composición y publicación de sus Himnos, lo hizo impulsado por su anhelo de neófito y recién convertido, de propagar por el descristianizado mundo moderno la emotiva y profunda belleza de las verdades y los misterios de nuestra santa Religión y de hacer accesible su comprensión y más poderoso su atractivo usando la misma lengua moderna de su pueblo. En esta atrevida determinación de Manzoni de vestir los antiguos Himnos eclesiásticos con hábitos seculares y hacerlos resonar en los cenáculos intelectuales y hasta en la plaza pública, yo me inclino a ver un resultado de las tendencias que reinaban en el ambiente creado por el Romanticismo a principios del siglo pasado. No se olvide que una de las corrientes características del movimiento romántico fué la que impulsó a sus prosélitos a exaltar sistemáticamente y hacer revivir los altos valores espirituales de la edad media. Y, así como, tras un largo período de haber sido objeto de olvido y menosprecio el arte románico y el gótico, la Ascética y la Mística, la antigua poesía épica, el teatro religioso medieval, el simbolismo católico, la vida monástica, la ingenua poesía popular, etc., etc., fueron otra

(1) -- Véase n. 5 de CRISTIANDAD.

vez entronizados en la cumbre de su antigua dignidad como manifestaciones de una cultura y civilización ejemplares, del mismo modo le tocó el turno, en esta magna revisión y reivindicación de valores olvidados, a la vieja poesía litúrgica latina que seguía aún viviendo aislada bajo las bóvedas de los templos y monasterios. Y fué Manzoni el designado por la Providencia para hacer vibrar otra vez los antiguos himnos eclesiásticos por el ancho mundo y prestarles con la lengua vernácula una resonancia universal y profunda que despertase las conciencias o, por lo menos, hiciese levantar al cielo los ojos distraídos de los hombres que andaban en las tinieblas de la incredulidad o del escepticismo. Tal fué, a mi ver, la heroica gesta del romántico Manzoni al escribir sus *Inni Sacri*.

\* \* \*

Manzoni en la composición de su himno *La Navidad* siguió las mismas normas que *La Pentecostés*. Hallamos en *La Navidad* la misma sabia e inspirada combinación y alternancia de todos los tonos de la poesía: el puramente expositivo de hechos e ideas, aunque siempre unguado del hálito inflamado del poeta (La caída de nuestros primeros padres, el pecado original, la imposibilidad teológica de redención por las fuerzas puramente humanas, la inmensa misericordia del Padre al enviar a la tierra a su Hijo en carne mortal para redimirnos, los anuncios proféticos de la venida del Mesías, el inefable misterio de María Virgen y Madre, el mensaje del ángel a los pastores, etc.); el tono épico (en la comparación magnífica con que se abre el himno, en las vivas imágenes con que resalta el contraste de la omnipotencia y la eternidad de Dios con la miseria y la limitación de las criaturas, en la descripción, tan breve como intensa y sugestiva, de la escena del Nacimiento, de los vuelos y los cantos angélicos, de la adoración de los pastores); el tono dramático (en el arte magistral con que pone de relieve los grandes contrastes y en la manera de expresar con vivos y continuos interrogantes y patéticas exclamaciones la maravilla, el pasmo, y la adoración ante la sublimidad de los misterios divinos que llueven sobre la tierra en aquella noche milagrosa en que el Verbo se hizo carne); el tono lírico, que empieza a vibrar sobre todo desde la estrofa 10.<sup>a</sup>, en la que el poeta contempla en dulce arrobamiento los maravillosos episodios de la Cueva de Belén, y que en las dos últimas estrofas trasciende a un tiernísimo canto de cuna y en algunos momentos parece llevar un eco de la más pura y auténtica poesía popular (*Dormi o Fanciul: non piangere, etcétera*).

\* \* \*

El himno puede dividirse en cinco partes. La primera contiene la comparación de la caída del género humano, provocada por el pecado de nuestros primeros padres, con un enorme peñasco desprendido de la cumbre de una alta montaña, que se precipita hasta el valle, de donde no hay fuerza humana que lo pueda remover ni levantar; esta parte ocupa las tres primeras estrofas. En la segunda parte (estrofas 4 a 8) el poeta, apoyándose en los textos proféticos del Antiguo Testamento y en la teología católica, glosa inspiradamente el inefable misterio del Verbo enviado por el Padre a la tierra para tomar carne humana y redimir a la humanidad. La tercera parte está consagrada al Nacimiento de Cristo y a la Virgen María adorando al Niño (estrofas 9 y 10). La cuarta parte describe la aparición de los ángeles y la adoración de los pastores (estrofas 11 a 14). Finalmente, la quinta parte es una pura expansión lírica de la ternura que inspira al poeta la visión del Rey del Cielo, llorando en un humilde pesebre (estrofas 15 y 16). En la última estrofa, sin embargo, el tono poéti-

co se eleva de improviso al profético y el poeta predice el futuro Reinado de Cristo sobre la tierra.

\* \* \*

Como todos los himnos de Manzoni, *Il Natale* es un verdadero mosaico de textos sagrados. Nuestro poeta los compuso todos poseído de una profunda humildad. Vió la necesidad ineludible en que se encuentra el poeta que escribe himnos litúrgicos, de ceñirse al espíritu y a la letra de las fuentes primitivas de las verdades reveladas y de los hechos sobrenaturales con los que se ha manifestado la Divinidad a nuestros sentidos. El poeta sólo tiene que escuchar estas voces lejanas y eternas y dejar que resuenen con acentos divinos en su corazón y en su mente, cuidando tan sólo de adornar discretamente estas sublimes visiones con las expansiones de su sentimiento, con los destellos de su imaginación y con las galas de la palabra rítmica. La poesía litúrgica penetra ya en los lindes del mundo superior de la Divinidad, y la actitud del poeta ha de ser esencialmente la de adoración y arrobamiento ante lo Inefable. El poeta litúrgico asume eventualmente una función sacerdotal y sus creaciones no han de ser más que pías glosas a los Libros Sagrados.

En *Il Natale* Manzoni no sólo tiene siempre presentes los textos bíblicos esenciales, sino que además se ayuda con obras patrísticas, como las de San Agustín (1) para dar una guía segura a su lírico comentario. Cuando en la 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> estrofas nos dice Manzoni que la ira divina, a consecuencia del pecado original hundió al hombre en lo más profundo de la desdicha, de donde no podía levantar jamás su orgullosa cabeza sino con el milagroso auxilio de la divina misericordia, desarrolla en la misma forma conceptos de San Agustín. "Oh hombre, escribe éste, tú te has dejado abrumar tan gravemente por el orgullo que no podías ser regenerado sino por una humildad divina". En otro pasaje escribe San Agustín: "Toda la tierra se brellevaba la cólera de Dios; pero, de repente ¡qué relámpago de bondad!", sublime antítesis que encontramos también en *Il Natale*, cuando, después de glosar la espantosa caída del hombre (estrofa 3.<sup>a</sup>), nos dice que, "si Dios en sus secretos designios hizo triunfar el perdón, nos da la prueba de ser inmensamente misericordioso" (estrofa 8.<sup>a</sup>).

En la estrofa 4.<sup>a</sup> leemos: *Qual mai fra i nati all'odio — Qual era mai persona. — Che al Santo inaccessibile — Potesse dir: Perdona?*, palabras que reflejan aquellas del Evangelio: *Qui potest dimittere peccata nisi solus Deus?* (Luc. V, 21).

En la estrofa 5.<sup>a</sup> Manzoni traduce literalmente en los versos (*Ecco ci è nato un Parvulo-Ci fu largito un figlio*) el conocido pasaje profético de Isaías (IX, 6): *Parvulus enim natus est nobis, et Filius datus est nobis*. San Agustín nos dice que "el Verbo descendió para hacernos subir y que "inclinó los cielos para elevar la tierra"; antítesis encarnada en una bella imagen parecida a la que usa Manzoni en la estrofa 5.<sup>a</sup>, cuando escribe que Dios *All'uom la mano porge — Che si ravviva e sorge — Oltre l'antico onor*".

La estrofa 6.<sup>a</sup>, que es una de las más bellas del Himno, y que describe una inefable visión idílica de la tierra regenerada y convertida en un edén por la venida del Salvador, está toda ella en este pasaje profético de Joel (III, 18): *Et erit in die illa, stillabunt montes dulcedine, et colles fluent aquae... et fons de domo Domini egredietur et irrigabit torrentem spinarum*; sólo que en lugar de los montes, son los troncos, en el himno manzoniano, los que

(1) Los textos de San Agustín que citamos en este ensayo están tomados de una colección de Lecturas Espirituales para la Navidad y la Epifanía.

destilan dulcedumbre. Esta imagen de la tierra regada por las aguas fecundantes del cielo o del rocío o de las fuentes, es clásica en los textos proféticos de la Sagrada Escritura; y en este sentido la estrofa de Manzoni puede también confrontarse con los hermosos versículos de Isaías (LV, 8): "*Rorate caeli desuper et nubes fluant Justum, etcétera*". San Agustín dedica un largo y razonado comentario al versículo 6, del Salmo LXXI: "*Descendet sicut pluvia in vellus, et sicut stillicidia scillantia super terram*" ("Descenderá como la lluvia sobre la hierba de los campos y como el rocío sobre la tierra"). Manzoni añade al final de la estrofa la visión de la flor que se abre en el antiguo desierto de la tierra desolada, detalle que encontramos en otro pasaje profético de Isaías (XXXV, 1-7): "*Laetabitur deserta et in via et exultabit solitudo et florebit quasi lilium*". Por lo demás, esa visión de la tierra que destila dulcedumbre de leche y miel, ya la encontraremos en el Deuteronomio (XXXV, 20) más de una vez al referirse el texto a la tierra prometida: "*Introducam eum in terram... lacte et melle manantem*".

En la estrofa 7.<sup>a</sup> los versos: *O Figlio, — o Tu cui genera — L'Eterno, eterno seco. — Qual ti può dir de 'secoli — Tu cominciasti meco?*, no son más que un reflejo del versículo de un Salmo (II, 7): *Dominus dixit ad me: Filius meus es tu; ego hodie genui te*, y del texto de Isaías (III, 8): *Generationem ejus quis enarrabit?*

No sabemos si es original de San Agustín la idea de que "los cielos no podrían contener a Dios... y, no obstante, una mujer lo llevó en su seno", y que encontramos repetido en Manzoni (estrofa 7.<sup>a</sup>): *Del vasto empirò — Non ti comprende il giro* y haciendo notar el mismo contraste, cuando dice de la Virgen María adorando a Jesús recién nacido: *Innanzi al Dio prostrata — Che il puro sen le aprì* (estrofa 10.<sup>a</sup>).

La estrofa 9.<sup>a</sup> es toda ella un eco del pasaje del profeta Micheas (V, 2): *Et tu Bethlechem Ephraim, parvulus es in millibus Juda: ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israel, et egressus ejus ab initio, a diebus aeternitatis*.

Las delicadas frases que encontramos en la estrofa 10.<sup>a</sup>: *La mira Madre in poveri — Panni il Figliol compose. — È nell'umil presepio — Soavemente il pose*, están tomadas de San Lucas (II, 7): *Et pannis eum involvit, et reclinavit eum in praesepio*.

Manzoni al describir los momentos del sagrado Parto, dice que María, después de haber puesto a su Hijo suavemente en el pesebre, lo adoró; y añade esta sublime reflexión: *Innanzi al Dio prostrata — Che il puro sen le aprì* ("Postrada delante del Dios que le abrió el puro seno"). ¿No puede ponerse esta reflexión al lado de aquella de San Agustín cuando dice del Niño Jesús que era amamantado y al mismo tiempo adorado?

Las estrofas 11-14 están consagradas a describir el mensaje del Ángel a los pastores, la aparición de las milicias celestiales y la adoración de aquellos al Rey del Cielo, envuelto en pañales, reclinado en un pesebre y llorando. Manzoni en estas estrofas sigue con la más austera fidelidad el texto del Evangelio de San Lucas (II, 8, 9, 13, 14): *Et pastores erant in regione... vigilantes et custodien-*

*tes vigiliis noctis super gregem suum. Et ecce Angelus Domini stetit juxta illos, et claritas Dei circumfulsit illos, et timuerunt timore magno... Et subito facta est cum angelo multitudo militiae caelestis, laudantium Deo et dicentium: Gloria in altissimis Deo, etc.*

En la última estrofa el poeta hace resaltar el contraste entre el milagroso nacimiento del Verbo encarnado, que había de revolucionar el mundo y dar un nuevo e insospechado curso a la historia, con la ignorancia y el silencio con que acogieron los hombres el magno acontecimiento: *Dormi o Celeste; i popoli — Chi nato sia non sanno*. Esta ignorancia y este silencio fueron comentados por San Agustín: "Al nacer así, escribe, y a pesar de su silencio, El nos grita de cierto modo... que para nosotros se ha revestido de la naturaleza de esclavo". Y aun en otro pasaje el mismo Santo al comentar el versículo del Salmo LXXI (6), que hemos citado anteriormente, subraya de un modo especial que "el Verbo descendió a la tierra, como la lluvia que cae sobre la hierba muelle sin dejarse oír, esto es, sin anunciar su poder infinito, sin hacer ningún ruido". ¿Y esta ignorancia en que estuvieron los humanos sobre el más trascendental acontecimiento de la historia, no la hizo notar Manzoni al final de su Himno, bajo la sugerencia de aquellas simples palabras del primer capítulo del Evangelio de San Juan: *In propria venit, et sui cum non receperunt?*

Permítame el lector una consideración final. Después de este estudio algo minucioso de las fuentes bíblicas de *Il Natale* del gran poeta milanés, algunos seguramente se preguntarán: ¿Qué originalidad ni qué personalidad puede tener el poeta, si se ciñe deliberadamente a copiar, repetir o glosar en todas las estrofas de su composición conceptos y palabras de otros textos? Verdaderamente, hay que confesar que es difícil la contestación. Podríamos intentar darla, diciendo que la originalidad de nuestro poeta se salva en la forma personal de expresar esas ideas, palabras e imágenes ajenas y en la manera de combinar y articular los textos escogidos como modelo, y hasta, quizá, en la misma selección de estos textos. Pero me apresuro a declarar que consideraciones de este género son demasiado alambicadas y traídas por los cabellos para esperar que puedan convencer al lector de sano y recto juicio. Y, en conclusión, prefiero confesar en este caso, aunque parezca a algunos una paradoja para salirse del apuro, que la personalidad de un poeta al componer himnos litúrgicos está precisamente en la renuncia a su personalidad, en el sacrificio de ese tesoro de la originalidad, tan precioso y tan caro a la vanidad humana. El poeta litúrgico escribe para agradar a Dios, y para ello es preciso que, como los pastores de Belén o los Reyes Magos en su homenaje al Niño Dios, hagan a Éste, generosa oblación de lo que más aprecian y en más alta estima tienen entre los bienes que Dios les ha concedido. ¿Quién duda que el neófito Manzoni, al adorar al Señor en sus más altos misterios sirviéndose de su númen privilegiado, le hizo con plena conciencia esta pía ofrenda de su vanidad humana y que, aun con más fervor, la hizo al escribir su himno sobre la fiesta del sublime abajamiento de Dios a nuestra carne mortal?

**«La obra maestra del demonio ha sido convencer a los hombres de que no existe»**

Sertillanges

# IL NATALE

ALESSANDRO MANZONI

- 1 *Qual masso che dal vertice  
Di lunga erta montana,  
Abbandonato all'impeto  
Di rumorosa frana,  
Per lo scheggiato calle  
Precipitando a valle,  
Batte sul fondo e sta;*
- 2 *Là dove cadde, immobile  
Giace in sua lenta mole;  
Nè, per mutar di secoli,  
Fia che riveda il sole  
Della sua cima antica,  
Se una virtude amica  
In alto nol trarrà:*
- 3 *Tal si giaceva il misero  
Figliol dell fallo primo,  
Dal dì che un'ineffabile  
Ira promessa all'imo  
D'ogni malor gravollo,  
Donde il superbo collo  
Più non potea levar.*
- 4 *Qual mai tra i nati all'odio,  
Quale era mai persona  
Che al Santo inaccessibile  
Potesse dir: perdona?  
Far novo patto eterno?  
Al vincitore inferno  
La preda sua strappar?*
- 5 *Ecco ci è nato un Pargolo,  
Ci fu largito un Figlio:  
Le avverse forze tremano  
Al mover del suo ciglio:  
All'uom la mano Ei porge,  
Che si ravviva, e sorge  
Oltre l'antico onor.*
- 6 *Dalle magioni eteree  
Sgorga una fonte, e scende  
E nel borron de'triboli  
Vivida si distende:  
Stillano mele i tronchi;  
Dove copriano i bronchi,  
Ivi germoglia il fior.*
- 7 *O Figlio, o Tu cui genera  
L'Eterno, eterno seco;  
Qual ti può dir de'secoli:  
Tu cominciasti meco?  
Tu sei: del vasto empirio  
Non ti comprende il giro:  
La tua parola il fe:*
- 8 *E Tu degnasti assumere  
Questa creata argilla?  
Qual merto suo, qual grazia  
A tanto onor sortilla?  
Se in suo consiglio ascoso  
Vince il perdon, pietoso  
Immensamente Egli è.*
- 9 *Oggi Egli è nato: ad Efrata,  
Vaticinato ostello,  
Ascese un'alma Vergine,  
La gloria d'Israello,  
Grave di tal portato:  
Da cui promise è nato,  
Donde era atteso uscì.*
- 10 *La mira Madre in poveri  
Panni il Figliol compose  
E nell'umil presepio  
Soavemente il pose;  
E l'adoro: beata!  
Innanzi al Dio prostrata,  
Che il puro sen le aprì.*
- 11 *L'Angel del cielo, agli uomini  
Nunzio di tanta sorte,  
Non de'potenti volgesi  
Alle vegliate porte;  
Ma tra i pastor devoti,  
Al duro mondo ignoti  
Subito in luce appar.*
- 12 *E intorno a lui per l'ampia  
Notte calati a stuolo,  
Mille celesti strinsero  
Il fiammeggiante volo;  
E accesi in dolce zelo,  
Come si canta in cielo,  
A Dio gloria cantar.*
- 13 *L'allegro inno seguirono,  
Tornando al firmamento:  
Tra le varcate nuvole  
Allontanossi, e lento  
Il suon sacro ascese,  
Fin che più nulla intese  
La compagnia fedel.*
- 14 *Senza indugiar, cercarono  
L'albergo poveretto  
Que'fortunati, e videro,  
Siccome a lor fu detto,  
Videro in panni avvolto,  
In un presepe accolto,  
Vagire il Re del Ciel.*
- 15 *Dormi, o Fanciul; non piangere;  
Dormi, o Fanciul celeste:  
Sovra il tuo capo stridere  
Non osin le tempeste,  
Use sull'empia terra,  
Come cavalli in guerra,  
Correr davanti a Te.*
- 16 *Dormi, o Celeste: i popoli  
Chi nato sia non sanno;  
Ma il dì verrà che nobile  
Retaggio tuo saranno;  
Che in quell'umil riposo,  
Che nella polve ascoso,  
Conosceranno il Re.*



# NAVIDAD

1. Cual peñasco que, desde el vértice de largo declive montañoso, abandonado al ímpetu de estruendoso derrumbamiento, por la resquebrajada vía precipítase hacia el valle, va a estrellarse en lo profundo y allí permanece,

2. Yaciendo inerte su pesada mole en el lugar do cayó y sin tener la esperanza de volver, en la sucesión de los siglos, a ver el sol en su antigua cima, si una fuerza amiga no lo transporta a lo alto,

3. Así yacía el mísero hijo de la primera culpa, desde el día en que una inenarrable ira lo hundió hasta lo más profundo de la desdicha, de la cual no podía levantar ya su soberbia cerviz.

4. ¿Quién había, entre los destinados al odio, qué persona existente que pudiese decir al inaccesible Santo de los Santos: Perdona? ¿Quién podía hacer un nuevo pacto eterno y arrancarle su presa al infierno vencedor?

5. He aquí que nos ha nacido un Niño; se nos ha dado un Hijo; las fuerzas adversas tiemblan cuando él parpadea. Tiende al hombre su mano y éste revive y se eleva a un honor más alto que su antiguo honor.

6. De las mansiones etéreas brota un manantial que desciende al "barranco de los abrojos" y, vivífico, se derrama. Destilan miel los troncos; donde los tocónes cubrían la tierra germina la flor.

7. ¡Oh Hijo! ¡Oh Tú, engendrado por el Eterno, eterno con Él! ¿Qué siglo puede decirte: Tú empezaste conmigo? Tú eres el que no se halla comprendido en el girar del vasto empíreo. Tu palabra lo hizo.

8. ¿Y te dignaste revestirte de esa creada arcilla? ¿Qué mérito propio, qué gracia le deparó (al hombre) tanto honor? Si en su juicio arcano (el de Dios) vence el perdón, quiere decir que es inmensamente misericordioso.

9. Hoy ha nacido. Subió a Belén, vaticinado albergue, una alma Virgen, la gloria de Israel, grávida de un tal embarazo. Ha nacido de Ella, aquella de que Dios había prometido. Donde se le esperaba surgió.

10. La maravillosa Madre envolvió a su Hijo en pobres pañales, y lo dejó suavemente en el humilde pesebre y —; Bienaventurada Ella!— lo adoró, prosternada ante aquel Dios que abriera sus puras entrañas.

11. El Angel del cielo, anunciador de tanta ventura a los hombres, no se dirigió a las vigiladas puertas de los poderosos, sino que se apareció en seguida, resplandeciente de luz, a los devotos pastores ignorados por el orgulloso mundo.

12. Y, en torno suyo, en la inmensidad de la noche, bajaron en bandadas mil celestiales espíritus, concentrándose en refulgente vuelo, los cuales, ardiendo en celo amoroso, como en el cielo se canta cantaron gloria a Dios.

13. Siguieron entonando el alegre himno, de retorno al firmamento, y, una vez hubieron traspasado las nubes continuaron cantando alejándose entre ellas; así, lentamente ascendió el sagrado coro hasta que nada percibieron de él los fieles compañeros.

14. Estos afortunados pastores buscaron, sin vacilar, el pobrecillo albergue. Y vieron. Vieron, como les fué anunciado, envuelto en pobres pañales y recogido en un pesebre, llorar al Rey del Cielo.

15. Duerme, Niño, no llores; duerme, Niño, celeste. Que sobre tu cabeza no osen rugir las tempestades, habituadas a correr, ante tus ojos, sobre la impía tierra, como caballos de batalla.

16. Duerme, Niño, celeste. Los pueblos ignoran quién ha nacido; pero llegará un día en que sean tu noble herencia; un día en que, en aquella humilde posada, oculta entre el polvo, conocerán al Rey.

# La gran alegría del Salvador

FRAGMENTO DEL EVANGELIO DE NAVIDAD (Lc. 2, 10-14)

## «Aperiatu terra et germinet Salvatore»

La triste miseria espiritual que, cual fría losa funeraria, pesaba entonces sobre el cadáver del paganismo, hizo levantar al cielo muchas miradas de aquellos mortales que, en occidente, sentían aún dentro de su pecho el latir de un corazón "humano" y el aliento de un espíritu inmortal. Era preciso que un dios los arrancase del valle inmundo, donde vivían entre pasiones como "en medio de brutos animales". Por eso el culto al dios médico "Asclepiós" (Esculapio), "Salvador" (Σωτήρ) y "humanísimo", progresó avasallador, no ya sólo para remediar las enfermedades del cuerpo, sino también las dolencias del espíritu. Y si otros dioses querían seguir viviendo, aunque precariamente, en la simpatía de sus adoradores, se veían precisados a tomar también, como lo hicieron, el título de Σωτήρ. Y cuando los emperadores, ávidos de la gloria del Olimpo, usurparon todos los nombres de la divinidad, no olvidaron el de Σωτήρ, que aparece con pródiga frecuencia en una fugaz lectura del catálogo de inscripciones lapidarias: "Salvador del mundo", "Salvador del universo orbe..." A Julio César saludan las ciudades de Asia, entre otros títulos abrumadores, con el de "Salvador del género humano".

Era una aspiración inconsciente hacia el "Deseado de las naciones". Nadie mejor que el dulce Virgilio —lo más selecto del paganismo occidental, a quien sólo faltó una mirada de San Juan para trocarse en poeta cristiano— expresó la vaga nostalgia de salvación que anidaba en el fondo del alma romana, a través de aquella égloga cuarta, donde canta al niño que va a nacer:

*"...modo nascenti puero, quo ferrea primum  
desinet, ac toto surget gens aurea mundo"*

Mientras tanto, en el lejano oriente, los discípulos de Zaratustra esperaban el advenimiento del "Auxiliador" —*Sausyant*— que aparecería en el mundo para destruir la influencia de "Ahrimán" el príncipe malo, y realizar en el mundo la gran unidad que cante eternamente las alabanzas de *Ahura Mazda*, "el Señor sabio".

Y en el centro geográfico del "orbis terrarum", la diminuta Palestina, una privilegiada "élite" de almas — las únicas que vivían oficialmente en la Verdad — recitaban unos salmos inspirados y profecías, donde se les prometía el Libertador que iba a romper su yugo y a despedazar el dogal que oprimía su cuello y la vara del exactor como en el día de Madián; un Salvador cuyo Nombre debía ser "Admirable Consejero", "Dios fuerte", "Padre sempiterno", "Príncipe de la paz..." (cfr. Is. 9, 3-5).

Todas las razas, fundidas sus aspiraciones en un deseo común, esperaban del cielo la redención de sus penas. Y en todos los corazones florecía la jaculatoria síntesis de Adviento, que dice, con frase litúrgico-bíblica: "Aperiatu terra et germinet SALVATOREM"

## Noche de paz en la estepa

Dios había prometido un SALVADOR a los hombres. Y Jesús, que en arrebatadora expresión de San Pablo fué el "Sí" de todas las promesas divinas y esperanzas humanas (2 Cor. 1, 19-20), cumplió la profecía naciendo en la tierra y siendo, por esencia y antonomasia, SALVADOR hasta en su nombre ("Jesús"). Y el gran acontecimiento

hecho central de la historia humana, por serlo, se llamó desde un principio "Evangelio", palabra griega que significa "noticia alegre". Por eso, al ministerio de anunciar a los hombres la gran noticia de la Salvación realizada por Cristo, con los oportunos detalles de su vida y enseñanzas de su martirio y glorificación, se le llamó desde los primeros años "predicar el Evangelio", o simplemente "evangelizar", que quiere decir llevar un rayo de luz a las tinieblas, un vaso de agua refrigeradora a labios sedientos, o, sin metáforas y con exactitud etimológica, llevar "la alegría" por excelencia a los que viven abrumados por la más sombría de las tristezas.

La primera predicación del "Evangelio" se hizo con lenguaje de ángel en la estepa de Judá. Porque —¡maravilla del amor divino, siempre antigua y siempre nueva!— el verdadero Σωτήρ no nació a la sombra de las columnas de un templo helenístico, ni bajo el áureo artesonado de la casa del César, ni sobre la alfombra zahumada de incienso de un palacio oriental. Nació una noche de invierno, en una cueva de pastores frente a la estepa de Judá, y fué acomodado en un pequeño pesebre de piedras y barro endurecido. Y de tal manera se verificó "en el silencio de Dios" aquel "mysterium clamoris" (San Ignacio Mártir), que, si los ángeles evangelizadores no hubiesen hablado, ningún hombre, fuera de María y José, lo hubieran sabido aquella noche.

Las primicias de la "noticia alegre", o *Evangelio*, fueron para unos pastores "que vivían en el campo", es decir, que moraban perennemente fuera de poblado, como los beduinos. Les llamaban "pastores del desierto". Los de la noche de Navidad estarían a media hora aproximadamente al oriente de Belén, donde termina el terreno cultivado y empieza la estepa, llamada por la Biblia "desierto de Judá", tierra árida y triste, que se extiende en rápido declive hacia el Mar Muerto, sin más vegetación que algunos pastos, abundantes especialmente después de las lluvias otoñales. Los pastores solían reunir sus rebaños de noche, velando por turnos para defenderlos de ladrones y fieras, mientras los demás descansaban bajo tiendas de beduino.

Eran gente de modales groseros, desaliñados; de categoría social ínfima, sumamente odiados por el puritanismo de los israelitas "piadosos".

Pero Jesús, que pudo dar un día a los legados de Juan el Bautista como "señal" demostrativa de su mesianidad, además de la profusión de curaciones milagrosas, el hecho de "la Evangelización de los pobres" (¡tan nueva e insólita debió de ser esta práctica!) —léase Mt. 11, 2-6— empezó a realizar su programa desde el pesebre-cuna, y puesto que no hablaban como hombre sus labios de niño, habló como Dios por medio de un ángel, y llevó el Evangelio a los más humildes e ignorados "pobres" de su tierra, a los pastores beduinos de la estepa de Judá.

## «¡Os evangelizo una gran alegría!»

Noche callada. Densa oscuridad en el corazón de la estepa. Centellean claras las estrellas, y quizás alguna débil luz señala hacia poniente la situación de Belén. Hay men rebaños, perros y pastores. Pero un grupo de ellos vigila, en guardia contra los enemigos de la pequeña sociedad del desierto.

De repente aparece un ángel. Es Gabriel, dicen muchos

comentaristas. Y la "gloria del Señor", rápida como un relámpago, envuelve en fulgores el pequeño grupo de pastores vigías.

(Llamaban los hebreos "gloria del Señor" — *Kabod Yahve* — al fenómeno luminoso que solía manifestar visiblemente la invisible presencia de Dios. Aparecía de ordinario en forma de nube lúcida o de resplandor de fuego; fué vista en el camino hacia la Tierra Prometida, sobre la cumbre del Sinaí, en la dedicación del Templo, en el Tabor...)

Los pastores temieron. Y el ángel del Señor habló de esta manera:

*"¡No temáis! Pues he aquí que os doy la buena nueva de una gran alegría, que será para todo el pueblo:*

**OS HA NACIDO HOY UN SALVADOR. QUE ES EL CRISTO SEÑOR, EN LA CIUDAD DE DAVID.**

*Y esto os servirá de señal: hallaréis un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. (Lc. 2, 10-12).*

Las palabras del mensajero divino son el "Sí" que responde el cielo a la gran expectación humana, recogido por la iglesia en el último y definitivo "¡Oh...!" de la liturgia de Adviento:

*¡Oh Emanuel, nuestro Dios y Legislador, esperanza de las naciones y Salvador suyo!  
¡Ven a salvarnos, Señor y Dios nuestro!  
(Antif. del 23 diciembre).*

No un falso  $\Sigma\omega\tau\eta\rho$ , sino el que Dios envía a la tierra, verdadero y único SALVADOR (esta palabra debió sonar, dicha en arameo, muy parecida fonéticamente al suavísimo nombre de "Jesús"), que es el CRISTO (en arameo, el "Mesías") y el SEÑOR.

Poco sabrían aquellos pobres nómadas de teología farisaica, ni de los 613 mandamientos escritos, y muchos más orales, que enseñaban los doctores de la Ley, exactamente nueve kilómetros más al norte, en la ciudad santa de Jerusalén.

Pero llevaban en el fondo del alma la gran esperanza del Mesías, piedra fundamental de la espiritualidad hebrea; y del futuro Mesías hablarían mil veces en sus interminables vigiliadas frente a la "Ciudad de David" (Belén), de la cual sabía todo hijo del pueblo que debía nacer. Y ahora les asegura un ángel que el MESIAS ("Cristo"), ya ha nacido, y está entre ellos refugiado en una cueva pastoril.

Y, aunque ayunos de formación filosófica, sentían mejor que nadie la grandeza del SEÑOR por el contacto precoz con la naturaleza virgen, magnífica escuela del auténtico sentimiento religioso. Más de una vez habrían recitado y cantado la breve, pero sublime, meditación poética que inspirara a David pastor la contemplación de una noche estrellada, quizás mientras pastoreaba su grey en aquella misma estepa de Belén:

*"¡Señor, Señor nuestro,  
cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!  
¡Cómo cantan los altos cielos tu majestad!  
(Salmo 8).*

Y ahora les asegura un ángel que el SEÑOR está entre ellos, hecho débil carne en la pobreza de un niño arropado con pañales.

SALVADOR, MESIAS y SEÑOR: tres palabras trascendentales, cuyo alcance teológico no comprenderían los pastores, pero que encendieron en sus pechos un entusias-



De un vitral de Carl Crodel

mo religioso incontenible, arrebatador que les condujo corriendo hasta la cueva del niño, donde comprobaron por la "señal" dada por el ángel (Lc. 2, 12 y 16) la verdad de cuanto habían oído.

### El himno de la Redención

Apenas el ángel terminó de recitar el primer Evangelio, con liturgia de luz divina en el templo de la estepa, un coro de milicia angélica, repentinamente aparecido, cantó el himno de la Redención:

*"Gloria a Dios en las alturas,  
y sobre la tierra paz a los hombres de buena voluntad".  
(Ls. 2, 14).*

Quiere decir: los efectos de la Redención anunciada, los dones que vuestro "Jesús" — SALVADOR os trae al mundo — divino aguinaldo de Navidad — en esta noche augusta, son la Gloria y la Paz. Y cantan esto en un dístico de estructura poética netamente semítica (más que las palabras, *riman* las ideas) donde el paralelismo perfecto: Gloria-Paz; Dios-hombres; cielo-tierra, debió sonar muy dulce en la vigorosa lengua de David.

Los dones del Salvador son:

1.º GLORIA para Dios (que habita) en las alturas. La glorificación racional de Dios consiste en el conocimiento claro de sus perfecciones infinitas y la consiguiente alabanza, expresada con palabras o con actos de virtud practicados en servicio suyo ("*clara cognitio cum laude*"). Desde hoy, el género humano da al Altísimo *por* mediación del Niño pobre de Belén, y *en* unión mística *con* El, una glorificación de valor infinito. Cada latido de su corazón divino, cada movimiento de sus labios y lágrima de sus ojos, pesa más en la balanza de las realidades eternas que todo cuanto podían ofrecer los hombres pecadores y limi-

tados, ni que fuese el doloroso holocausto de todos ellos juntos.

2.º PAZ en la tierra para los hombres de buena voluntad. Era la "paz" el don más preciado para una mente israelita, el que deseaba para su prójimo y amigo en el saludo habitual ("shalom"), como el griego deseaba la alegría (Χαίρει), el romano la salud ("salve") y el cristiano educado, la presencia y protección de Dios. Pero la paz de los hebreos tenía un sentido mucho más amplio que la de los latinos. No era simplemente la exclusión de guerra, sino que incluía además la consiguiente "prosperidad" o "felicidad". Y más concretamente, la "paz" en los profetas significaba la "paz mesiánica" consistente en el goce de todos los bienes que el Mesías debía traer a la tierra.

Esta paz ofrece el cielo a todos los hombres "de buena voluntad". Según la expresión original del texto bíblico, parece que debería parafrasearse así: "A todos los hombres, que son objeto del beneplácito amoroso de Dios". O sea, que se refiere más a la "buena Voluntad" que tiene Dios para con los hombres, que no, *directamente*, a la que tienen los hombres para con Dios. Y quiere decir que por las lágrimas pacificadoras del Niño divino los hombres han dejado de ser, como eran, "hijos de ira" (Efes. 2, 3), para convertirse en hijos de beneplácito amoroso.

Naturalmente que, aún interpretando así el texto, la "pax messianica" no llega a todo el mundo; no porque Dios no la ofrezca, sino porque muchos hombres anulan los efectos de la buena Voluntad divina oponiéndole su mala voluntad pecadora.

### María conservaba todas estas palabras

El "Evangelio" del Salvador, que en el corazón de la noche callada de Navidad anunció el ángel a unos pastores analfabetos, voló después triunfalmente por las vías romanas del Imperio a través del Evangelio escrito por San Lucas, reflejo fiel de las apasionadas catequesis con que San Pablo encendía en fuego cristiano las almas desengañadas del paganismo.

Cayeron de su pedestal los falsos "Salvadores del mundo" — título precioso que acarició los oídos ávidos de adulación de Julio César, Augusto, Claudio, Vespasiano, Tito y Trajano — cuando resonaron por todo el orbe las palabras del ángel, y "se manifestó la bondad y amor a los hombres de Dios, nuestro Salvador", quien derramó en el mundo su misericordia por medio del que también es "NUESTRO SALVADOR", Cristo Jesús (San Pablo a Tito, 3, 4-6).

Es deber de piadosa gratitud recordar quién fué el instrumento elegido por Dios para salvar del olvido las palabras de celestial alegría que hemos meditado. Porque fuerza es reconocer que no fueron precisamente los rudos pastores de Judá los que llevaron al mundo la "buena nueva" de la noche santa. Por ellos solos hubiera quedado, seguramente, en el vago y personal recuerdo de una visión maravillosa, como tantas regaló Yahvé al pueblo mimado de su elección.

El dulce San Lucas, médico y secretario de San Pablo durante los diez últimos años de su vida, historiador fiel, quien nos hace saber en el prólogo de su libro (1, 1-4) que acudió siempre a los testigos oculares para informarse de cuantas cosas dice sobre la Vida de Jesús, pone por dos veces estas palabras en los capítulos 1 y 2, que dedica al relato de su Infancia:

*"Pero María conservaba todas estas palabras, meditándolas en su Corazón" (Lc. 2, 19 y 51).*

Quiere decir:

Que cuando los pastores contaron sencillamente a cuantos rodeaban a la Sagrada Familia lo que el ángel les dijo aquella noche (Lc. 2, 17), mientras otros se contentaron con un sentimiento de natural maravilla (Lc. 2, 18), María *conservó* cuidadosamente estas palabras en su Corazón (órgano psicológico de la vida interior intelectual y afectiva, según los antiguos orientales), como quien conserva un puñado de perlas en cofre de cristal.

Que durante varios decenios — quizá medio siglo — fueron estas palabras para Ella objeto de altísima *meditación*, mientras por disposición de la Providencia permanecían ignoradas para la inmensa mayoría de los hombres.

Que, cuando llegó la hora de decir las al mundo, las sacó de su Corazón, las expresó en la forma literaria candorosa y sencilla, aromada de virginal piedad, con que las habría repetido invariablemente miles de veces en su diálogo interior, y así las puso en manos de los "evangelistas", regios heraldos de la gran alegría de Cristo, encargados de proclamarla públicamente por todas las vías del Imperio romano. El evangelista privilegiado fué el dulce San Lucas. Lo dice claramente en el texto ya citado (2, 19 y 51), que responde — fiel y "crítico" historiador — a la pregunta que cualquiera pudiera formularle: "¿De dónde has aprendido estas historias del desierto, acaecidas seis decenios ha, cuando tú, pagano de Antioquía, vivías en tinieblas y sombras de muerte...?" La respuesta es decisiva: "De un testigo ocular: María Virgen, que cuidadosamente las conservó durante estos decenios en el arca santa de su Corazón".

No sabemos hasta qué punto determinó Ella los detalles de la misma redacción literaria. Doctos escriturarios ven en los dos primeros capítulos del tercer Evangelio "*la main d'une vierge et le coeur d'une mère*" (Fouard, "*La Vie de N-S Jésus-Christ*"). No lo sabemos. Pero si el autor de la forma literaria interesaría a nuestra curiosidad, el origen de las ideas interesa a la piedad firme y profunda. Y por las ideas, al menos, podemos llamar al Evangelio de la Infancia, "*el Evangelio del Corazón Inmaculado de María*".

Ella ha sido la gran "Evangelista" de la alegría de Navidad, la que derribó de sus tronos a los poderosos "salvadores" falsos del gentilismo, para entronizar en los corazones de todos los hombres de buena voluntad al divino JESUS, que por su nombre, esencia y definición es el único y verdadero SALVADOR DEL MUNDO.

Isidro Gomá Civit, Pbro.

**Para aquellas sociedades que abandonan el culto austero de la verdad por la idolatría del ingenio no hay esperanza ninguna. En pos de los sofismas vienen las revoluciones y en pos de los sofistas los verdugos.**

(DONOSO CORTES)

# HIMNO A CRISTO REY Y SALVADOR

## PEDAGOGO DE LA HUMANIDAD

Este precioso himno con que termina la obra "Pedagogo" de Clemente de Alejandría, escrita allá por los años 200-202, además de ser una síntesis, sobre todo del libro I, posee el valor de ser la primera poesía cristiana que se conoce, y no es difícil nos revele además cómo eran los himnos que por otro conducto sabemos se cantaban ya por entonces a la divinidad de Cristo, precursores de los himnos litúrgicos.

*Freno de potros indómitos,  
alas de aves que no yerran el vuelo;  
timón verdadero de las naves,  
Pastor de corderos regios,  
a tus inocentes  
niños congrégalos  
para alabar santamente  
y cantar con espontaneidad  
con labios puros  
a Cristo, guía de los niños.  
Rey de los santos,  
¡oh, Verbo!, que domas todas las cosas,  
conductor de la Sabiduría  
del Padre Altísimo,  
sostén de los trabajos.  
Tú gozas de la eternidad,  
¡oh, Jesús!, Salvador  
del género humano,  
Pastor, sembrador,  
timón del freno,  
ala celeste  
Pescador de los hombres  
de grey santísima.  
que se ven libres  
del vicio del mar;  
Tú pescas con dulce vida  
a los castos peces  
librándolos de dañosa ola.  
Sé su guía, Pastor santo  
de las ovejas dotadas de razón, sé guía,  
Rey de los niños no mancillados,  
Huellas de Cristo  
camino del cielo,*



*Verbo eterno,  
Evo infinito,  
luz sin fin,  
fuente de Misericordia;  
obrador de la virtud  
vida morigerada  
de los que alaban a Dios.  
¡Oh Cristo Jesús,  
leche del cielo  
exprimida  
de los dulces pechos  
de la Ninfa de las gracias  
cual es tu Sabiduría!,  
los pequeñuelos  
alimentados  
con boca tierna  
y llenos  
del rocío del espíritu  
que emana del pecho racional,  
cantemos a una  
himnos de verdad  
a Cristo Rey  
en santa gratitud;  
por el don de su doctrina de vida  
entonemos sencillas loas  
al poderoso Niño.*

\* \* \*

*El coro de paz,  
engendrados por Cristo,  
pueblo sencillo  
cantemos acordes  
al Dios de la Paz.*

(Transcrito de la obra *La Roma Pagana y el Cristianismo*, del P. José Zameza)

# Fechas principales de la vida de Cristo

El ilustre teólogo y escriturista P. José M.<sup>a</sup> Bover, S. J., de quien alguna vez hemos publicado fragmentos de sus obras, honra hoy las páginas de CRISTIANDAD con un artículo sobre la vida de Jesús.

Se cree, o se creía no ha mucho, vulgarmente, que el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo coincide con el año 1.<sup>o</sup> de la era cristiana. El fundamento de semejante creencia es suponer que fueron acertados los cálculos con que Dionisio el Exiguo fijó el comienzo de nuestra era. Créese igualmente que el Señor, después de tres años enteros de predicación, murió a los 33 años de su edad, y consiguientemente el año 33 de la era vulgar. Pero ¿son ciertas estas fechas? ¿Podemos ahora nosotros fijarlas con mayor exactitud y seguridad? ¿Y con qué fundamentos? ¿Y con qué criterio o método? Tales son las preguntas, cuya respuesta interesa a todos los cristianos cultos. Trataremos ahora de responder a ellas con la mayor precisión y brevedad que sea posible.

Tres fechas, por tanto, hay que determinar: las dos extremas, del nacimiento y de la muerte del divino Salvador, y la intermedia, del comienzo de su predicación evangélica.

## I

### Fecha del nacimiento de Jesús

Dionisio el Exiguo fijó el nacimiento del Salvador el año 754 de Roma, que coincide con el 1.<sup>o</sup> de nuestra era. Pero se equivocó. Consta por el Evangelio que Jesús nació durante el reinado de Herodes, llamado el Grande. Ahora bien, es cierto que en 754 hacía ya varios años que Herodes había muerto. Su muerte había ocurrido en la primavera del año 750 de Roma. Jesús, por tanto, hubo de nacer antes del 750. Pero ¿cuántos años antes? Conviene fijar los límites extremos o topes de los años en que pudo haber nacido el Señor.

Por una parte, parece que el Señor hubo de nacer, por lo menos, unos dos años antes de la muerte de Herodes. La orden dada por el tirano, de matar a todos los niños que había en Belén y en todos sus contornos de *dos años para abajo*, orden fundada en las exactas informaciones dadas por los Magos acerca del tiempo en que había aparecido la estrella, supone, evidentemente, que en opinión de Herodes, Jesús pudo haber nacido unos dos años antes, el año 748 o principios del 749 consiguientemente.

Por otra parte, — prescindiendo de que la matanza de los Inocentes hubo de ocurrir, por otros indicios, en los últimos meses de la vida de Herodes —, el nacimiento del Salvador no pudo, por otras razones, ser anterior al 747. En efecto, como luego veremos, la muerte del Señor no pudo ser anterior al año 782, y Jesús a su muerte no pudo tener más de 34 años. Por consiguiente, el nacimiento del Salvador hubo de ocurrir entre los años 747 y 749 de Roma. Tal vez el término medio, el año 748, sea el más razonable y el más exacto. Tal es, en definitiva, la conclusión a que, hoy por hoy, nos llevan nuestros cálculos.

## II

### Fecha de la muerte del Redentor

Procedamos de lo que es cierto a lo que es simplemente probable.

Es cierto que el Señor murió siendo procurador de Judea Poncio Pilato, cuyo gobierno duró del año 26 al 36 de nuestra era, es decir, del 779 al 789 de Roma. Es cierto también que murió en un viernes, que fué aquel año el día 14 ó 15 del mes de Nisán, primer mes del calendario religioso de los Judíos. Ahora bien, entre los años 779 y 789 el 14 ó 15 de Nisán sólo ocurrió en viernes los años 783 (30 d. de Cr.) y 786 (33 d. de Cr.), y muy dudosamente el año 782 (29 d. de Cr.). En uno, pues, de estos dos o tres años habrá que colocar la muerte del Redentor: preferentemente en los años 783 ó 786, y sólo en último término en el año 782. A cuál de ellos hay que dar la preferencia lo habrán de decidir los testimonios históricos de la antigüedad.

Cuatro puntos de referencia principalmente señala la tradición para datar la muerte de Jesús: la destrucción de Jerusalén, ocurrida el año 70 de nuestra era; la dispersión de los Apóstoles, realizada el año 42; los años del imperio de Tiberio; los nombres de los cónsules del año en que murió el Señor. Imposible estudiar ahora minuciosamente todos estos datos, a primera vista fluctuantes e incoherentes (1): es fuerza limitarse a las líneas generales.

Respecto de la destrucción de Jerusalén dicen generalmente los escritores antiguos que la muerte de Jesús fué 40 años antes. A pesar de todas sus oscilaciones, este dato hace imposible, como año de la muerte de Jesús, el 33 de nuestra era. Quedan, por tanto, los años 29 y 30. Y, dada la desventaja del 29, antes señalada, habremos de concluir que el Señor murió más probablemente el año 30 ó 783 de Roma.

Igual resultado arroja la comparación de la muerte con la dispersión de los Apóstoles, que fué el año 42, y, según la tradición, 12 años después de la muerte del Salvador. Estos 12 años nos llevan al año 30, difícilmente al 29, imposiblemente al 33. La coincidencia de este dato con el anterior corrobora la hipótesis del año 30.

Más incierta parece a primera vista, pero más eficaz tal vez en realidad, la referencia de la muerte a los años del gobierno de Tiberio. Notemos ante todo que estos años se contaban de dos maneras: o desde la muerte de

(1) Cfr. *Las dos principales fechas de la Cronología evangélica* (Razón y fe, t. 43 [1915, III], págs. 180-189); *El consulado de los Géminos y el año de la Pasión* (Estudios eclesíásticos, t. 8 [1929], págs. 456-470); *¿En que año de Tiberio murió Jesu-Cristo?* (Analecta Sacra Tarraconensia, v. 6 [1930], págs. 41-60); *¿En que año murió Jesu-Cristo?* (Razón y fe t. 103 [1933, III], págs. 5-26).



Augusto, ocurrida el 19 de agosto del año 14, o bien desde la asociación de Tiberio al imperio, que fué hacia el año 12. Esta circunstancia y el diverso modo de contar el principio de año explican perfectamente la divergencia en señalar el año de Tiberio en que murió el Señor. Los que cuentan desde la asociación al imperio dicen que murió el año 18 (ó 19) de Tiberio; los que toman como punto de partida la muerte de Augusto, dicen que fué el 15 (ó 16), según los diferentes sistemas de comenzar el año. Esto supuesto, una sencilla suma nos da el año en que murió Jesús. Si al año 12 (el de la asociación) añadimos los 18 (ó 19) de imperio, tenemos el año 30 (ó 31); si al año 14 (de la muerte de Augusto) sumamos los 15 (ó 16) del imperio absoluto, tenemos el año 29 (ó 30). Nueva exclusión del año 33, y nueva confirmación del año 30 con preferencia al 29. Un estudio más detenido confirmaría esta conclusión.

Como cónsules del año en que murió el Salvador se indican los dos Géminos (C. Fufio Gémino y L. Rubelio Gémino), que lo fueron el año 29. Este dato, incompatible absolutamente con el año 33, parece favorecer más bien el 29 que el 30. Indicaría seguramente el año 29, si se siguiese el sistema cronológico romano, conforme al cual el año se contaba desde el 1.º de enero al 31 de diciembre. Pero es un hecho que en Oriente solía frecuentemente contarse el año de julio a julio. Y en este supuesto el mes de Nisán del año 30 del sistema romano pertenecía aún al año 29 del cómputo oriental. De hecho San Epifanio señala como cónsules del año en que murió el Señor, no los Géminos, sino sus inmediatos sucesores, los cónsules del año 30, M. Vinucio Nepote y L. Casio Longino.

Del cotejo de todos estos datos parecen desprenderse estas dos conclusiones: 1) que hay que excluir como improbable el año 33; 2) que entre los años 29 y 30 la balanza se inclina decididamente al segundo. Y ésta es la hipótesis más probable: que el Salvador murió el año 783 de Roma, 30 de la era cristiana.

### III

#### *Fecha del comienzo de la vida pública*

Por dos vías es posible determinar el año en que inauguró Jesús su predicación evangélica: 1) determinando los años que duró la vida pública; 2) estudiando los datos que fijan cronológicamente su inauguración.

Examinando detenidamente los Evangelios y recogiendo los datos de la tradición, se saca la convicción de que la predicación del divino Maestro duró tres años completos (2). En consecuencia, si el fin de la vida pública coincide con el año 30, su principio hay que colocarlo el año 27 o fines del 26.

Mas prescindiendo de este resultado y ciñéndonos a los datos bíblicos referentes al comienzo de la vida pública, obtenemos nuevas indicaciones, que, naturalmente, se habrán de armonizar y comparar con las fechas anteriormente establecidas.

Dice San Lucas que San Juan Bautista inició su ministerio el año 15.º del reinado de Tiberio. Tal vez sea este dato el más impreciso de todos. No sabemos si

San Lucas cuenta los años desde la asociación al imperio o desde la muerte de Augusto. Ignoramos también cuánto tiempo medió entre el principio de la predicación de Juan y el bautismo del Señor. En la hipótesis, más probable, de la asociación, la declaración de San Lucas nos lleva al año 26; en la hipótesis de la muerte de Augusto, al año 28. Y suponiendo, como suele hacerse, que entre el comienzo del ministerio de Juan y el bautismo de Jesús sólo mediaron pocos meses, en la primera hipótesis el bautismo del Señor coincide con el año 27; en la segunda hipótesis, con el 29. Según esto, si a la vida pública de Jesús se conceden dos años, su muerte hubo de ser, en la primera hipótesis, el año 29; en la segunda, el 31: de ninguna manera el 33. Y si a la vida pública concedemos tres años, en la primera hipótesis, la muerte ocurriría el año 30; en la segunda, el 32: no el 29 ni el 33. De todas estas diferentes combinaciones resulta que, si no es alambicando, no parece aceptable la segunda hipótesis, que lleva a los años 31 ó 32, ninguno de los cuales pudo ser el año en que murió el Señor. Y, en la primera hipótesis, si se toma como base la duración, más probable, de tres años en la vida pública, llegamos al año 30; o, inversamente, si se toma como base el año 30, llegamos a la duración de los tres años.

Nota también San Lucas que Jesús "al inaugurar" su vida pública tenía "como 30 años" (3,23). Dada la precisión numérica, que acostumbra usar S. Lucas, la expresión indeterminada "como 30 años" parece indicar dos cosas: primera, que Jesús no tenía entonces 30 años exactamente; segunda, que tendría entonces o 29 ó 31. Sumando este número al de los años de Roma 748, en que probablemente nació el Señor, resulta que el comienzo de la vida pública hubo de coincidir o bien con el año 777 (24 d. de Cr.) o bien con el año 779 (26 d. de Cr.). Ahora bien, de estos dos años el primero queda excluido, por la sencilla razón de que el año 24 no era todavía procurador de Judea Pilato, que no comenzó su gobierno hasta el año 26. Por consiguiente al comenzar su vida pública tenía Jesús 31 años. Por otra parte, como por entonces hacía ya varios meses que Juan había iniciado su carrera, siendo ya Pilato gobernador de Judea, síguese que el comienzo de la vida pública de Jesús no puede ser anterior al año 27, ni tampoco posterior. Y en este supuesto la muerte del Salvador debe colocarse en el año 29 o en el 30, de ninguna manera en el 33.

Mucho más precisa y significativa es la declaración del Evangelista San Juan (2, 20), conforme a la cual al iniciarse la vida pública de Jesús hacia "cuarenta y seis años" que se había comenzado la reconstrucción del templo. Ahora bien, las obras de la reconstrucción, ordenada por Herodes, habían comenzado el año 734. La vida pública, por tanto, se inauguraba el año 780 de Roma, 27 de la era cristiana. Otra nueva confirmación de que la muerte de Jesús no pudo ser el año 33, sino el 29 o el 30.

Cotejando ahora los resultados obtenidos desde tantos y tan variados puntos de vista, podemos razonablemente concluir que el divino Salvador, nacido probablemente el año 748 de Roma, comenzó su vida pública el año 780, 27 de nuestra era, y la finalizó el año 783, 30 de la era cristiana. La coincidencia o convergencia sustancial de datos tan diferentes garantiza suficientemente la sólida probabilidad de semejante conclusión.

(2) Cfr. *Evangeliorum Concordia*, append. Barcelona 1943, págs. 367-381.

# Jesús Niño debelador de la concupiscencia

Esperanza alentadora para aquel pueblo soñador de victorias y de grandezas fué aquella en que Jehová anunciaba la venida de su Ungido y el esplendor de los tiempos de justicia y de paz que formarían su séquito. Isaías en el Capítulo 45 la contaba así: "Yo iré delante de ti y humillaré a los grandes de la tierra; romperé las puertas de bronce y quebrantaré los cerrojos de hierro. Y te daré los tesoros escondidos y las riquezas recónditas para que sepas que yo soy el Señor, el Dios, el Rey de Israel".

A libertad y a redención sonaban estas palabras, y de esa esperanza vivía aquel pueblo de cuya tierra había de germinar el Salvador.

Dios cumple su promesa con munífica esplendidez. Así lo cantan los ángeles al anunciar a los hombres el nacimiento del Señor: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad".

Rex Pacificus.—Con este título es Cristo anunciado por los Profetas: Rey *pacífico*, eso significa, que hace la paz, que restablece el orden perturbado en las almas por la concupiscencia; y como ese sosiego remansado y tranquilo de los espíritus quiere que sea la herencia de los suyos — "mi paz os dejo, mi paz os doy" — en su sagrada venida vence los elementos todos que puedan perturbarla, no con ruido y elocuencia cadenciosa de palabras (la Sabiduría de Dios y su Verbo consustancial calla en el pesebre y en la oscuridad del establo), sino con la luz y claridades cegadoras de sus ejemplos que, al difundirse con toda su potencia por el mundo a través del tiempo y del espacio, señala a los hombres la escondida senda para escalar la altura del auténtico heroísmo humano.

\* \* \*

Brillar, tener, gozar; o como lo dice el Evangelista San Juan: *concupiscentia carnis, concupiscentia oculorum, superbia vitae* (1.º - Juan, II, 16), son los tres grandes enemigos que o cada uno de por sí o confederados fuertemente han sido, son y serán siempre para las sociedades y para los individuos en particular la fuente envenenada de sus dolores, lágrimas y catástrofes. "¿De dónde nacen entre vosotros los pleitos?—¿No es por ventura de vuestras concupiscencias y pasiones que luchan en vuestros miembros?" (Santiago, IV-1).

La cuna de Belén; cómo derriba con sus abismos atrayentes de dulcedumbre y de paz jamás conocida por los mortales, los alcázares vaporosos en donde quiere encastillarse el hambre de grandezas y soberbia humana! "No temáis—dijo el ángel a los pastores—os traigo la buena nueva de un gozo grande..., que os ha nacido un salvador, el cual es Mesías Señor, en la ciudad de David" (Lucas, II-11). Aquél de quien dirá San Pablo a los cristianos de Filipos (II-6) "subsistiendo en forma de Dios, no estimó rapiña el ser igual a Dios, sin embargo se *anuló* a sí mismo tomando la forma de siervo"; en tanto grado que, para que puedan distinguírle y conocerle, les dirá el ángel a los pastores (Lucas, II-12), "...y esto os sirva de señal: hallaréis un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre".

Un niño, en un establo, envuelto en pobres pañales, acostadito hasta la muerte, y muerte de cruz". (San Pablo, Filip. II-8).

¡Manera espléndida y magnífica de romper las cadenas de la soberbia y orgullo mundanales! Todo comentario

aquí, creemos que desvirtuaría la palabra auténtica de Dios.

\* \* \*

San Ignacio de Loyola en su meditación, verdaderamente magistral, del Nacimiento pretende que el ejercitante copie de Jesucristo el rasgo, que es distintivo de su escuela y fundamento sólido e incommovible de toda perfección cristiana: *la pobreza*. "Tercer punto ver y considerar lo que hacen (Nuestra Señora y San José) así como el caminar y trabajar para que el Señor sea nacido en suma pobreza, y al cabo de tantos trabajos, hambre, sed y frío, injurias y afrentas para morir en cruz; y todo esto por mí". "El que no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo". (Lucas, XIV-33).

La afirmación no puede ser más clara y la precisión con que la afirma no puede ser más tajante.

Por lo mismo que es tajante y fundamental su afirmación, la suaviza con otra que lima la aspereza del precepto: "discite a me—aprended de mí". (Mateo, XI-22).

Siempre ha sido el apego demasiado a los bienes de la tierra la causa y raíz de hondas inquietudes en la mayor parte de los humanos, lo mismo de los que nadan en la esplendidez de lo superfluo que en aquellos que se hallan apretados por la necesidad perentoria de procurar el cotidiano sustento.

¡Con qué heroica ejemplaridad y sublime belleza nos enseña a todos, altos y bajos, Jesús Niño desde su cuna de Belén a saber frenar los ímpetus del afán atosigador por la adquisición de lo terreno! ¿Se trata de un rico y potentado?, también Cristo lo fué, y en el cielo y en la tierra le ha sido dado todo poder (Mateo, XXVIII); "Todas las cosas fueron hechas por Él y sin Él no fué hecho nada de lo que ha sido hecho" (San Juan, 1-3). A pesar de todo se abraza con lo más abyecto de la pobreza, con lo más punzante de la indigencia, y todo para que nosotros, los hombres esencialmente necesitados y pobres, conociésemos el valor que tiene la riqueza de saberse desprender de aquello que para la eternidad nada aprovecha. Desprendimiento que si imitara la clase favorecida por la fortuna, se mitigarían muchas penas y ansiedades de tantos y tantos necesitados, y a la vez se ayudaría a terraplenar tantos y tantos abismos como el odio tiene abiertos en infinidad de corazones que, oprimidos por la miseria que padecen y exasperados por el derroche de orgía que ven en torno de sí, sólo ansían el momento, que les han prometido, de poder disfrutar, aún valiéndose de la pistola y de la bomba de mano, del banquete de la vida que otros saborean injustamente.

Si eres pobre, también la cuna de Belén es un aliento y un consuelo que el Niño Jesús da a los necesitados por medio de la que dejó en el mundo maestra de la verdad, la Santa Iglesia. "A los que carecen de bienes de fortuna enséñales a no tener a deshonra, como no la tiene Dios, y no avergonzarse de tener que ganar el sustento trabajando; todo lo cual lo confirma con sus obras y hechos Cristo Nuestro Señor, que para salvar a los hombres se *hizo pobre siendo rico*, y aunque era Dios e Hijo de Dios quiso, sin embargo, mostrarse y ser tenido por hijo de un artesano..."

Quien este divino ejemplo tuviese ante los ojos entenderá más fácilmente lo que sigue, a saber: que la ver-

dadera dignidad y excelencia del hombre en las costumbres, en la virtud consiste, y que la virtud es patrimonio común de todos los mortales, que igualmente pueden alcanzar los altos y los bajos, los ricos y los proletarios y que sólo a las virtudes y al mérito ha de dar el premio de la eterna bienaventuranza". (León XIII. Rerum novarum).

\* \* \*

Y digamos una palabra de la otra concupiscencia, la verdadera tirana del mundo, que tiene rendidos a su culto idólatrico y repugnante ingentes sectores de la humanidad y a la casi totalidad de las sociedades, *como condenadas*, copiando la frase realista de San Ignacio, *a vivir entre brutos animales*.

Belén es escuela de pureza: es triunfo y victoria de esa fuerza avasalladora que arrastra en sus cenagosas corrientes tantos desgraciados que ponen su cielo en vivir del impulso de los instintos desviados de su torpe inclinación.

Este nacimiento era esperado por todas las generaciones y esa esperanza afianzada por las promesas hechas por Dios en sus Profetas, era como una aurora boreal en medio de aquella noche muchas veces secular de esperanzas y de deseo.

Pero estos anuncios consoladores estaban siempre rodeados de encantos más puros, de las auras purísimas de la inocencia del paraíso terrenal.

Vendrá el Mesías, pero como rocío mañanero de aurora limpidísima. Nacerá el Mesías, pero como flor que descansará su cáliz blanquísimo sobre un tallo virginal. "De la raíz de Jesé se erguirá un tallo, y una flor subirá de esa raíz y sobre esa flor descansará el Espíritu del Señor". (Isaías, XI-1).

Se habla de la Madre del futuro Mesías y los libros de la Sabiduría la pintan rodeada de los encantos más puros que el espíritu más selecto y elevado pueda llegar a vislumbrar.

Nacerá el Mesías de mujer, pero por encima de todas las leyes de la naturaleza la elige virgen: "He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo y será su nombre Emanuel" (Isaías, XI-14).

Y para que no quede la más leve nubecilla acerca de cómo será verdad un hecho tan maravilloso, a una pequeña—diremos réplica—que la doncellita de Nazaret opone al Arcángel, que le anuncia la divina maternidad, oye la siguiente explicación del divino mensajero: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cobijará, por lo cual lo santo de ti nacido será llamado Hijo de Dios". (Lucas, I-35).

\* \* \*

Del momento mismo de la entrada del Verbo de Dios a las miserias de nuestro destierro, los evangelistas callan, pero los Santos Padres y la literatura cristiana, sobre todo la nuestra y la de nuestros clásicos más en particular, tienen páginas bellísimas que bien se podrían llamar efluvios de celestial pureza. A veces el nacimiento de Jesucristo se compara al abrirse del cáliz de la azucena acariciado por las tibias auroras matinales de un sol de primavera. Otras veces escriben nuestros clásicos: como el rayo de sol pasa a través de un cristal tersísimo sin quebrarlo, de un modo parecido la Virgen Santísima en aquella noche "mucho más clara que el mediodía", en el rapto de un éxtasis de amor, vió junto a sí al Deseado de las gentes, salido de sus purísimas entrañas, sin detrimento el más mínimo de su integridad virginal.

De este modo Belén, su Cuna y el Niño que en ella yace, vienen a ser como un sol que ilumina y orienta a los pobres naufragos del mundo, que van a la deriva en sus olas de fango, y un puerto tranquilo y bonancible donde no se oye siquiera el rugir desatado del oleaje concupiscente que azota a los mortales.

P. IGNACIO CORRONS, S. J.

## NAVIDAD

Umbram fugat VERITAS,  
Noctem LUX eliminat.



La noche fría se enciende  
En la tierra adormecida:  
El Rayo que da la vida  
Entre pastores descende.  
Un sereno canto hiende  
La lóbrega oscuridad.  
Llega al mundo la VERDAD:  
Y mientras arrecia el frío  
Viene a darnos fresco estío  
La Divina Majestad.

Florece rosas de nieve  
Por valles, sotos y prados:  
La luna, rayos helados  
Fulgura en el mundo leve.  
Ningun ruido se atreve  
A romper la inmensa calma.  
¡Suspende tu aliento, Alma!  
¿No ves que por su bondad  
Te ofrece Dios su amistad  
Que es aliento, premio y palma?



Tomás LAMARCA

# Cristo, debelador de las tinieblas

## Zurrones y coronas sobre heno del portal

A la cuevecita del Incommensurable nacido en Belén como si no fuera eterno, acuden, junto con pastores deslumbrados por refulgencias de ángel, sabios deslumbrados por refulgencias de estrella.

Las coronas de unos hombres de estudio con prestigio de reyes, descansaron, sobre el heno del pesebre, al lado de los zurrones de unos hombres de aprisco con estimación casi de esclavos.

El Verbo dado a luz ilumina la tierra doblemente: aviva las mortecinas fogatas de la fe y despabila los tímidos candiles de la ciencia. Los ángeles del cielo material mezclan sus destellos y los rinden ante ese Niño cuya naturaleza humana esconde los rayos divinales que un día cubrirán de armiño luminoso la cumbre del Tabor, y por eternidad de eternidades harán del Cordero la linterna de la Jerusalén celestial.

## Lecciones sin palabras

No ha dicho nada todavía el Recién Nacido. Los labios de la Palabra no se han entreabierto más que para los gimoteos y las sonrisas de su infancia. El Omnisciente es esto: un *in-fante*, el que no habla; y ya la oscuridad ha sufrido dos brechas fulgurantes:

“Os ha nacido el Salvador, que es el Cristo, el Señor”. (Luc. II, 11).

“Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle”. (Mat. II, 2).

¡Aldabazos de luz a los ventanales del templo de Jerusalén y a los cristales de los observatorios de los Magos!

El Maestro empieza con hechos su enseñanza. “Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés” (Mat. XXIII, 2), dirá, incisivo, un día. “Practicad, pues, y haced todo lo que os dijeren, pero no arregléis vuestra conducta por la suya, porque ellos dicen y no hacen”. (Ib. v. 3). Mas la Verdad substancial, con sólo haber nacido, convierte en cátedra su pesebre, y en doctrina inefable, su carne pasible, florecida del lirio virginal de una esposa impoluta.

A este nacimiento seguirán otros hechos, no palabras, de un catequismo profundísimo: muerte en cruz, resurrección, ascensión... ¡Verdaderos centros de interés en la escuela de lo sobrenatural!

La realidad de tales episodios en la vida de Cristo, aun sin el acompañamiento de una doctrina más que humana, practica ya de por sí boquetes irreparables en las murallas con que se protege la “potestad de las tinieblas”.

## La racionalidad de la fe Cristiana, atajo en la búsqueda de Dios

Al hacer de su fe un “obsequio racional”, Cristo no favorece únicamente a los analfabetos, sino aún a los estudiosos, acortando enormemente los senderos conducentes a

la Luz, gracias a la avenencia de lo revelado con los dictados de nuestra conciencia. Pues, si bien es cierto que “lo visible no proviene de cosas que se vean” (Heb. XI, 3), no lo es menos que “lo invisible de Dios se ve en las cosas que se ven” (Rom. I, 20).

De manera que aún lo paradójico de un Dios uno y trino, de un Eterno que nace, de una Madre que es virgen, etc., etc., jamás resulta irracional. Sin Jesucristo, las inteligencias de buena voluntad perdían un tiempo precioso entre miles y miles de maestros sin contundencia, sin posibilidad de hablar “como quien tiene autoridad” (Mt. VII, 29). Las dudas religiosas daban doquier ahoguos. El catecismo de Jesús está lleno de misterios, pero no de dudas. La tiniebla sagrada resplandece en fuerza de las aseveraciones del que es Luz de Luz.

La teología cristiana no suprime ni teme la filosofía. Antes bien, proporciona una firmeza toda nueva a los pasos de sus seguidores obligados, sin el apoyo de la revelación, a no ser más que titubeos cansinos entre sombras.

Agitadas por vientos pasionales, las mismas verdades de la razón parecen vacilar. ¡Qué brillo no les da el equilibrio del Maestro, al entrarlas en el remanso de su paz y dejarlas, por lo tanto, lucir tranquilamente!

Porque con Cristo ha sucedido esto: que si por una parte sus mejores ideas sobre Dios han mejorado las costumbres, por otra, las mejores costumbres debidas a su doctrina han mejorado las ideas sobre Dios. Y, en consecuencia, sobre todo.

¡Ah! El dulce Nazareno ha vencido más la ignorancia del mundo enseñando a ser santos, que enseñando a ser sabios. “Si tu ojo fuere sencillo”—que es como si dijera: si tu mirada es sin doblez, si tu corazón es sin maldad—“todo tu cuerpo estará iluminado” (Mt. VI, 22).

## Palomas con atisbos de águila

La mirada simple ahonda en la visión de las cosas. ¡Cuántos hombres sin letras deben sus ojos de paloma al que “se apacienta entre lirios”! (Cant. II, 16). La simplicidad lleva a la profundidad. Y la profundidad, a la credulidad...

No nos solemos dar cuenta del gran número de verdades trascendentales ignoradas o discutidas por tantos salomones que en el mundo han sido, y que, en cambio, se saben de memoria, aprendidas en un simple epítome de la doctrina cristiana, tantos gañanes y labriegas sin letras, de nuestras parroquias perdidas entre montes.

La existencia de un Dios uno, personal y providente; la libertad humana, la vida futura, eterna para el alma y el cuerpo; la distinción entre Dios y el César... ¿No constituye la victoria más cabal contra la ignorancia, el que estas verdaderas originalidades de Jesús, o siquiera triunfos ideológicos bien suyos, hayan alcanzado un arraigo tan popular en todos los pueblos civilizados?

Mas esto no es todo. ¡Qué otro alud más formidable de tinieblas huye derrotado, cuando enseñados por el Evangelio, hombres de todas las clases sociales y de todas las razas y naciones rezan el padrenuestro o repiten las Bienaventuranzas, o se arrodillan al pie de una cruz, o se

reúnen en el templo, no para sacrificar cuerpos humanos, sino para nutrirse, de manera incruenta, con el cuerpo divino de Nuestro Señor! O cuando, ante los ojos atónitos de los que adoran "divinidades muertas", desfila la interminable procesión de almas que levantan y mantienen bien alta la lámpara de su virginidad, siendo así que el mundo pagano, con todos sus premios o sus amenazas, lograba apenas mantener alrededor de sus altares, media docena de vestales.

### Reverberos cristianos sobre los ídolos sombríos

Tan vivo es este Sol que nace a medianoche en el Portal, que estamos convencidos de que aún el paganismo, con sus dioses de clan, y las religiones no cristianas con sus inteligencias haciendo pinos entre mundos herméticos y foscas o desmedrándose, atadas, como esclavos, al muro espeso y sordo del error, y la misma verdad incompleta que suele haber en toda doctrina falsa; parecen haber recibido, con la venida de Cristo y la efusión de su Espíritu "que llena todo el orbe de la tierra", un aumento de luz.

Compartimos la opinión de los que sostienen que si en todo tiempo las buenas obras abren un camino hacia la fe, sobre todo después de la redención ésta su orientación hacia Dios está bien propensa a tomar un carácter sobrenatural. Y quien dice obra buena, dice también idea buena.

Se hacía mucho más difícil antes de Jesús, que las buenas voluntades recibieran resplandores celestes. No habían cantado todavía los ángeles sobre la cueva de Belén. Mientras que hoy, en todas las hondonadas de la ignorancia humana se descubre pelusilla de luz divina...

### Más que ciencia, sabiduría

Hemos apuntado que Jesucristo no debela la ignorancia con las armas de la ciencia, sino de la sabiduría. "No con palabras persuasivas de humano saber, pero sí con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud" (I Cor. II, 4).

Jesús conoce, más que Salomón, "desde las cualidades del cedro hasta las del hisopo" (3 Reg. IV, 33). Mas aunque las ciencias de la tierra puedan hallar en su cercado el ambiente más propicio, no radica en ellas el "unum necessarium" que necesitan para llegar un día a conocer en Dios todas las cosas, no ya los ignorantes, sino hasta los sabios de este mundo.

¿Que el Evangelio dice de la mujer con flujo de sangre que "se fué" al médico (Lc. VIII, 44) y no al "ginecólogo"? Esto importa tan poco como cuándo el texto sagrado afirma de Josué que "hizo parar al sol" (Jos. X, 13), siendo la tierra, que se mueve. La doctrina de Cristo es trascendente y ha de ser popular. La ciencia de este mundo, cuando logrará mayores resultados, incluso en orden a los conocimientos meramente humanos, será cuando mejor sirva para alcanzar la hora y el lugar en que podamos ver a Dios "tal cual es" (I Jo. III, 2). Y en Dios, todas las cosas...

Parecen inspirados pensando en la aurora de Belén, los augurios dedicados a la de los lunes, en las Laudes del Oficio divino:

"Aurora lucem provehít  
Cum luce nobis prodeat  
In Patre totus Filius,  
Et totus in Verbo Pater."

El hecho de la encarnación de Cristo y el contenido de su revelación forman indudablemente, bajo múltiples aspectos, el mayor acto de caridad que jamás hayan recibido los hombres.

### La verdad rescatada, y sus caminos de humildad

¡Ah! No es la verdad, lo único que Cristo rescató. Ni una jota ni un ápice quiso suprimir de ella; pero la desbrozó, la completó, la proyectó sobre horizontes infinitos. Y — no es lo menos importante — la simplificó.

Los griegos hacían de ella una curiosidad: "Te escucharemos acerca de esto otro día", le decían a Pablo. Jesucristo habla de ella como de una nutrición: "No sólo de pan vive el hombre". (Mt. IV, 4).

"Aprended de Mí..." (Mt. XI, 29). Nada de complicaciones ni de altiveces. "Id y enseñad a todas las gentes..." (Mt. XIII, 20). No exige iniciaciones ni especializaciones, a los futuros ministros de la verdad: "¿Hasta vosotros estáis todavía con tan poco entendimiento?" (Mt. XV, 16).

La fe sencilla, el abandono cordial, el amor sincero al Maestro, son los aleccionamientos más eficaces. "La caridad de Cristo sobrepuja toda ciencia". (Ef. III, 17), todo conocimiento. "Mientras estoy en el mundo, Yo soy luz del mundo" (Jo. IX, 5), dice. Para completar la idea en otra ocasión: "¡He ahí que Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos!" (Mt. XXVIII, 20).

...Pero esta luz divina puede brillar todavía en más pupilas. Puede encender más almas.

Tal vez la conyuntura de estos tiempos aciagos acelere la hora.

Porque — dejádnoslo decir —, después de tanto sufrir en unos y de tanto abusar de los placeres en otros, creemos que van tocando a su fin las batallas teológicas, con los problemas críticos sobre los evangelios y las incertidumbres sobre su Protagonista.

El problema está, hoy como nunca, en creer o no creer. En recobrar, en medio de tanta destrucción material y moral, el sentido ingenuo, instintivo, primitivo si queréis — que humillaba por igual y por igual engrandecía a pastores y reyes —, del recurso filial a Dios, de la invocación simple, humilde, infantil — y por lo tanto, sabia — a la divinidad.

¿No parece el programa del aludido himno de las Laudes?

Una rejuvenecida pureza de costumbres constituyendo el alba de la verdad:

"Pudor sit ut diluculum".

La fe creciendo con las buenas obras, el esplendor del mediodía:

"Fides velut meridies".

Y la inteligencia iluminada, ignorando, dichosa, todo ocaso:

"Crepusculum mens nesciat!"

Miguel Melendres, Pbro.

# La redención bergsoniana

## «De lo absurdo en el ser razonable»

Entre las observaciones recogidas por la ciencia psíquica anotamos una vez el siguiente hecho. Una señora se encontraba en el piso superior de un hotel, y salió al rellano con el propósito de bajar. La puerta de la caja del ascensor se encontraba precisamente abierta. Ahora bien; como esta puerta no debe abrirse jamás si el ascensor no está parado en el rellano correspondiente, creyó naturalmente que el ascensor estaba allí y se abalanzó para tomarlo. Bruscamente, se sintió empujada hacia atrás; el hombre encargado de maniobrar el aparato acababa de aparecer y la rechazaba hacia el rellano. En este instante, salió ella de su distracción y constató estupefacta que no había ni hombre ni aparato: el mecanismo se había estropeado; por esto había sido posible que la puerta de su piso quedase abierta estando el ascensor en la planta baja. Había estado a punto de precipitarse en el vacío y una alucinación milagrosa acababa de salvarle la vida" (1).

¡Brrrr! Un escalofrío de placer debió de recorrer — desde la pluma del sombrero hasta la punta del pequeño pie retirado un poco del zapato — el sistema nervioso de la amable parisién que divide su atención — tarde, noche — entre Enrique Bergson y Serges Lifar. El asunto promete, como siempre, ser interesante.

¿Qué pasará? Maravillosamente elegante de lenguaje, Bergson templea, de momento, el efecto conseguido. "Hay necesidad de decir que el milagro se explica fácilmente?" Y sigue con fluida rapidez: "La señora del hotel había razonado correctamente sobre un hecho real, porque la puerta estaba efectivamente abierta y el ascensor, por lo mismo, debiera haberse encontrado en el piso. Sólo, la percepción de la caja vacía la habría sacado de su error; pero esta percepción habría llegado demasiado tarde, porque el acto consecutivo al razonamiento correcto había empezado ya. Entonces habíase erguido la personalidad instintiva, sonambúlica, subyacente a la racional y se había dado cuenta del peligro. Era necesario obrar al momento. Instantáneamente había rechazado al cuerpo hacia atrás, haciendo brotar al mismo tiempo la percepción ficticia, alucinatoria, que podía provocar, y explicar mejor un movimiento aparentemente injustificado" (2).

Una amplia inspiración silenciosa devuelta su ritmo al aliento, contenido hasta ahora; pero la tensión de espíritu sigue. ¿Qué más? Los ojos y los labios insinúan el interrogante.

No van a quedar decepcionados. Conocen a su pastor, y él les conoce igualmente bien, y sabe los manjares que debe servirles. No tardará mucho en avanzar la palabra "religión". Era ya de prever. Tratamos, en efecto, de explicarnos el *porqué* "de lo absurdo en el ser razonable".

## La religión

### y los riesgos de la inteligencia

Con un amargo gesto ancestral rasga sus vestiduras: "El espectáculo de lo que las religiones han sido, de lo que son todavía muchas de ellas, es bien humillante para

(1) *Les deux sources de la morale et de la religion*. P. 124-125, 17.ª ed. París. Alcan. 1934. Las demás notas del presente artículo se refieren todas a esta misma obra. (2) *Ibid.*

la inteligencia humana. ¡Qué tejido de aberraciones! La experiencia se cansa de decir "es falso" y la razón "es absurdo": la humanidad no se agarra menos por esto a lo absurdo y al error. ¡Y todavía si se acabara todo aquí! Pero vemos la religión prescribir la inmoralidad, imponer crímenes... ¡Cuál debería ser nuestra confusión ahora, si nos comparamos con el animal en este punto! Muy probablemente el animal ignora la superstición. No sabemos muy bien lo que ocurre en conciencias distintas de la nuestra; pero como los estados religiosos se traducen de ordinario por actitudes y actos, estaríamos lógicamente advertidos por algún signo si el animal fuese capaz de religiosidad" (3).

El tercer personaje que llena la vida de nuestra elegante y al que corresponden las mañanas: nos referimos al perrito de aguas, levanta ligeramente el hocico húmedo y tibio que tenía descansando entre sus patas; en el lejano piso donde aguarda el regreso de su amita acaban de silbarle las orejas. No hubiera sido imposible, a juzgar por su actitud, suponer que estuviese meditando sobre lo que sería su vida en la reencarnación futura si desempeñaba correctamente esta vez, en el mundo, el oficio que le correspondía.

No se trataba de un perrito indio, sino tan europeo como todos nosotros. Pero su amita fiaba excesivamente en él y, en ausencia de ella, había olfateado con frecuencia los lomos de los libros de la minúscula biblioteca, y chamuscado su bigote en el pebetero que ardía ante cierta estatuita de porcelana sentada en el suelo con las piernas cruzadas, y descubierto el vientre hasta el ombligo.

Pero esto, si hemos de ser sinceros, no pasaría de una suposición más o menos fundada; y en este momento, no nos interesa más que la certeza. No nos queda pues otro remedio que reconocer con Bergson que, en realidad, *nunca* había confesado positivamente a su dueña deseo alguno de compartir con ella su religiosidad; por lo demás, acababa de ganarse en este instante, por obra y gracia de un conferenciante, un suplemento de *bizcocho* a la hora de la cena.

La cuestión va llegando a su punto maduro. También la naturaleza está recorrida, de punta a punta, por un escalofrío. Es el "élan vital". Y este escalofrío, bifurcado en dos direcciones, desemboca cada vez en una sociedad. En un extremo, la de los himenópteros; en el otro extremo, la del hombre. La permanencia de dicha sociedad, en el primer caso, es difícil. "Pero es a un desarrollo de la inteligencia, no a un desarrollo del instinto, a donde tiende el impulso vital en los vertebrados... En adelante, la reflexión permitirá al individuo inventar, a la sociedad progresar. Pero para que la sociedad progrese es necesario que subsista. Ahora bien: "invención significa iniciativa, y una llamada a la iniciativa individual es ya un riesgo que puede comprometer la disciplina social. ¿Qué ocurrirá si el individuo aparta su atención de aquello para qué está hecha... para volverla sobre sí mismo, sobre la molestia que la vida social le impone, sobre el sacrificio que le exige la comunidad? Sin duda, un raciocinio en forma le demostraría que su interés le aconseja promover la felicidad de los demás... *La verdad es que la inteligencia aconsejará, antes que todo, el egoísmo.* En esta dirección el ser

(3) P. 105-106.

inteligente se precipitará si nada le detiene. Pero la naturaleza vela. Hace un instante, delante de la puerta entreabierta, un guardián había surgido que prohibía el paso y rechazaba al contraventor. Ahora será un dios protector de la ciudad, que prohibirá, amenazará, reprimirá. Toda vez que el instinto no es bastante fuerte en el hombre para provocar actos o para impedirlos, deberá suscitar una percepción ilusoria suficientemente impresionante para que la inteligencia se determine. Considerada desde este punto de vista, *la religión es pues una reacción defensiva de la naturaleza contra el poder disolvente de la inteligencia*" (4).

### «El impulso vital es optimista»

No se acaba con esto tal poder. De dos maneras nuevas manifiesta su virtualidad antisocial: la primera, presentando al hombre la certeza de que ha de morir; la segunda, representándole "un margen desalentador de imprevisto entre sus iniciativas y los efectos deseados". Todo ello concurre a paralizar su acción. Pues bien; la religión suple maravillosamente a todo esto. Por una parte, "a la idea de que la muerte es inevitable opone la imagen de una continuación de la vida después de la muerte"; a la incerteza de nuestras providencias, "presenta poderes favorables" que prolongarían de acuerdo con nuestros deseos los acontecimientos.

"Resumamos: al origen de las creencias que acabamos de considerar hemos encontrado una reacción defensiva de la naturaleza contra un desánimo que tendría su origen en la inteligencia". "El impulso vital es optimista". No es un escalofrío de miedo, que paraliza. Es un escalofrío de satisfacción. Pero no está dicho todo: lo mejor queda por decir. En un amplio gesto, el profeta judío abre ahora a su angélico auditorio espacios infinitos donde extender sus alas. Con una sola palabra puede expresarse este inmenso ámbito; y la palabra es ésta: "*Mística*".

### La experiencia de Dios

Demos, al empezar, una mirada hacia atrás. "Una inmensa corriente de energía creadora se lanza a través de la materia para obtener de ella lo que pueda. En la mayoría de puntos es detenida; el esfuerzo creador no pasó con éxito más que en la línea de evolución que desemboca en el hombre. Al atravesar la materia, la conciencia tomó esta vez, como en un molde, la forma de la inteligencia "fabricadora". Y la invención, que lleva consigo la reflexión, se desarrolló en libertad" (5).

"Pero la inteligencia no deja de tener sus riesgos". Lo hemos visto antes, y hemos visto también como su función mitológica (6) elaboradora de las religiones, "viene a llenar, en los seres dotados de reflexión, un déficit eventual de apego a la vida".

Sin embargo, el impulso vital que encuentra en el hombre su final razón de ser tiene en él un éxito incompleto. El éxito pudo ser muy superior a lo que es, "y es probablemente lo que ocurre en otros mundos en los que la corriente de vida se ha lanzado a través de una materia menos refractaria".

Siendo esto así, "¿por qué no encontrará el hombre la confianza que la reflexión ha podido resquebrajar"? Si lo ha de conseguir, no será por medio de la inteligencia; ésta, en efecto, "cuando se eleva a especulaciones *no puede hacer otra cosa, a lo más, que concebir posibilidades, nunca alcanzar una realidad*. Pero sabemos que alrededor de la inteligencia ha quedado una franja de intuición, vaga y evanescente; ¿no sería posible fijarla, intensificarla, so-



M.  
Bergson

bre todo completarla en acción? Una alma capaz y digna de este esfuerzo *no se preguntaría tan siquiera si el principio con el que acaba de entrar en contacto es la causa trascendente de todas las cosas o únicamente su delegación terrestre*; le bastaría dejarse penetrar, sin que quede absorbida su personalidad, por un ser que puede inmensamente más que ella, como el hierro por el fuego que lo enrojece" (7). Es el misticismo.

"Al definirlo por relación al "élan vital" hemos reconocido implícitamente que el misticismo es raro" en nuestro planeta. Advirtamos tan solo que el misticismo "hay que situarlo, según lo que precede, en un punto hasta el cual la corriente espiritual lanzada a través de la materia habría probablemente querido ir, por hasta donde no ha podido llegar" sino en casos excepcionales. "De no ser así, la naturaleza no se habría detenido en el hombre, porque aquello sería en realidad más que un hombre" (8).

El misticismo es raro: con todo, "cuando el gran místico habla, hay algo en el fondo de nosotros que le hace imperceptiblemente eco". Tal es lo que ocurría a la fina conciencia de William James según su propio testimonio. Tal es, así mismo, lo que ocurre en la de nuestra algo olvidada protagonista. Basta mirarle la cara. No, no deberá ya avergonzarse, al llegar a su casa ante el perrito de aguas; desde ahora se siente capaz de recobrar toda su autoridad sobre él. En cuanto se le ocurra levantar el hocico, estas palabras bastarán para situarle para siempre: Tú no eres capaz de llegar hasta aquí".

¡Oh la maravillosa historia de la mística con sus resultados imperfectos en la Grecia y la India, con su plena expansión en el "grand mysticisme" cristiano! Pero señores: ¿de veras les interesa a ustedes continuar? ¿No tienen ganas de decir todavía: "Basta de comedia"? ¿Dicen ustedes: "Adelante"? Pues bien, obedeceré.

Al lado y al margen del desarrollo del pensamiento griego, "se produjo de vez en cuando en algunas almas predispuestas un esfuerzo *para ir a buscar, más allá de la inteligencia, la revelación de una realidad trascendente*" (9).

"Para ir a buscar". La mística es una busca.

"Una realidad trascendente a la inteligencia". ¿De qué clase de realidad se tratará? No se descuida Bergson de ilustrarnos con frecuencia sobre este punto: lo que trasciende a la inteligencia, la verdadera y profunda realidad es el movimiento, el "élan vital" (10).

Depositada en el curso de la evolución como lo es un canto rodado por el avance de las olas, la inteligencia no puede darnos sino vistas fijas de la realidad esencialmente cambiante. no puede darnos sino vistas parciales del

(4) P. 126-127. (5) Cap. 3; p. 222-223. (6) Traducimos por «mitológica» la palabra «fabulatrice». «μυθολογία», en efecto, tanto vale como «fabular».

(7) P. 216. (8) P. 227-228. (9) P. 234. (10) «Le réel est mouvant ou plutôt, mouvement».

movimiento total de la vida, incapaz de abrazarlo todo entero. La mística la suple. En su término, no es otra cosa que "una toma de contacto y por consiguiente una coincidencia parcial con el esfuerzo creador que manifiesta la vida" (11).

En otras palabras: "Si el misticismo es realmente lo que acabamos de decir, *debe dar el medio de abordar en cierta manera experimentalmente el problema de la existencia y naturaleza de Dios. No vemos por otra parte de qué otra manera podría abordarlo la filosofía*" (12).

Este Dios, indemostrable metafísicamente, es experimentado por los místicos como Amor. Incapaces de transmitir a otros su propia experiencia, utilizan las fórmulas que la religión les facilita, bien que su contenido bebido en "las raíces mismas de nuestro ser, y por ende, en el principio mismo de la vida en general" sea "independiente de todo lo que la religión debe a la tradición, a la teología, a las iglesias" (13).

Este Amor, a la vez persona y potencia, ¿tiene un objeto? "Los místicos están acordes en atestiguar que *Dios tiene necesidad de nosotros* como nosotros tenemos necesidad de Dios; la creación aparecerá como una empresa divina para crear creadores, *para asociarse a seres dignos de su amor*" (14).

Las criaturas, ¡"objeto digno del amor de Dios"! La humildad del pensador le obliga a justificar esta frase. Realmente, "uno dudaría de admitirlo si no se tratara más que de los mediocres habitantes de este rincón del universo que llamamos tierra. Pero, lo decíamos en otra circunstancia, es verosímil que la vida anima todos los planetas suspendidos de todas las estrellas". A pesar de esto, "habría lugar a dudar todavía si se creyera que el Universo es esencialmente materia bruta y que la vida es algo sobreañadido a la materia. Pero ya hemos mostrado, al contrario, que *la materia y la vida tal como la definimos, están dadas a la vez y solidariamente*" (15).

"En estas condiciones, nada impide al filósofo llevar hasta el fin la idea que el místico le sugiere de un universo que no sería más que el *aspecto tangible y visible del amor* y de la necesidad de amar con todas las consecuencias que se derivan de esta emoción creadora" (16).

A esta emoción creadora, a esta liberación de la materia, el místico quiere colaborar. En efecto: ¿Qué pretende el "grand mystique"?

"El quisiera, con la ayuda de Dios, terminar la creación de la especie humana, y hacer de la humanidad lo que hubiera sido desde el primer momento si hubiese podido constituirse definitivamente sin la ayuda del hombre mismo. O *para usar de otras palabras que dicen la misma cosa en otro idioma*, su dirección es la misma que la del impulso de vida; es este impulso mismo, comunicado a hombres privilegiados que querrían por una contradicción realizada, convertir en esfuerzo creador esta cosa creada que es una especie: hacer un movimiento de lo que es por definición un alto".

¿Tendrá éxito el misticismo? "Si el misticismo debe transformar la humanidad... el gran obstáculo que encontrará es el mismo que ha impedido la creación de una humanidad divina. El hombre debe ganar el pan con el sudor de su rostro; en otras palabras: el hombre es una especie animal, sometida como tal a la ley que rige el mundo animal", condenado a procurarse y a disputarse su sus-

tento. "¿Cómo, en estas condiciones, levantaría al cielo una atención esencialmente fijada hacia la tierra?" ¿Cómo esperar, en estas condiciones, la REDENCION DE LA HUMANIDAD?

## Maquinismo y misticismo

¿Quién sabe! ¿Por qué no? "Un cambio profundo de las condiciones materiales impuestas a la humanidad por la naturaleza permitiría, del lado espiritual, una transformación radical". Y "esta transformación de las condiciones materiales puede venir del maquinismo".

"Un cuerpo, dotado de una inteligencia "fabricadora" junto con una franja de intuición a su alrededor, era lo que la naturaleza había hecho de más completo: aquí terminaba la evolución de la vida. Pero he aquí que la inteligencia elevando la fabricación de sus instrumentos a un grado de complicación y perfección que la naturaleza, tan inepta para lo mecánico, ni tan siquiera había previsto, nos ha dotado de unos poderes al lado de los cuales nuestra fuerza corporal apenas si cuenta. *El obstáculo material ha caído casi. Mañana, el camino quedará libre en la dirección misma del soplo que había conducido a la vida al lugar en qué hubo de pararse*" (17).

Bastará que se desarrollen las ciencias del alma, "demasiado pequeña en este momento para llenar nuestro cuerpo excesivamente agrandado, demasiado débil para dirigirlo"; bastará darse cuenta de que "la mecánica exige una mística" (18).

El día en que el mundo caiga en la cuenta de esto, su redención estará consumada! En el momento presente; "la humanidad gime, medio aplastada bajo el peso de los progresos que ha hecho. No se da cuenta bastante de que su porvenir depende de ella. A ella le corresponde decidir si quiere continuar viviendo. A ella le corresponde decidir además si quiere limitarse a esto, o dar el esfuerzo necesario para que se realice, incluso en nuestro refractario planeta, la función esencial del universo, *que es una máquina de hacer dioses*" (19).

## Epílogo. El «apostolado» de Bergson y una frase impertinente

Una línea rojiza en el poniente mezcla todavía un pálido reflejo a la luz de los faroles. Las vendedoras ambulantes ofrecen sus últimos ramos de hojas de todos los matices. Sumergida en el tumulto del metro, nuestra oyente se siente enfervorecida, casi podemos decir que se siente cristiana, esta noche. ¿Cuántos prejuicios han desaparecido, en su espíritu, por la palabra mágica de Bergson! Debemos agradecerle este beneficio, difundido a menos llenas desde su cátedra del Colegio de Francia. ¿Cómo sería posible que Pío X se refiriera a él en esta misma fecha, cuando amonesta a los Obispos de todo el orbe en su Encíclica "Pascendi"? ¿Cómo sería posible aplicarle a él cierta frase impertinente que nos baila dentro de la memoria; " *... apto no para edificar, sino para destruir; no para hacer católicos, sino para arrastrar a los mismos católicos a la herejía y aun a la destrucción total de cualquier religión...*"?

Jaime Bofill,

(11) P. 235. (12) P. 257. (13) P. 268. (14) P. 273. (15) P. 273-274. (16) P. 274.

(17) P. 337. (18) P. 435. (19) P. 343.

# Sermón en la Fiesta del Nacimiento de Nuestro Señor Jesuchristo, sobre el Evangelio de San Lucas, cap. II

por FRAY LUIS DE GRANADA

Uno de los más dulces pasos de toda la vida de nuestro Redemptor es éste, y más lleno de maravillas y doctrinas. En este día (dice la Iglesia) los Cielos destilan miel; y en este nos amaneció el día de la redempción nueva, de la reparación antigua, y de la felicidad eterna.

Salid pues ahora, hijas de Sión (dice la Esposa en los Cantares) y mirad al Rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. O animas religiosas, amadoras de Christo, salid ahora de todos los cuidados y negocios del mundo, y recogidos todos vuestros pensamientos y sentidos, poneos a contemplar a vuestro Salomón, pacificador de los Cielos y tierra; no con la corona que le coronó su Padre quando lo engendró eternamente, y se le comunicó todo; sino con la que le coronó su Madre quando le parió temporalmente, y le vistió de nuestra humanidad. Venid a ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre: no sobre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no asentado a la diestra de la Magestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en el Cielo, sino llorando y temblando de frío en un establo. Venid a celebrar este día de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal, desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el día de la alegría secreta de su corazón, quando llorando exteriormente como un niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero Redemptor.

Mas para proceder en este mysterio ordenadamente, considera primero los trabajos que la Sacratissima Virgen pasaria en este camino que hizo de Nazareth á Bethlehem: porque el camino era largo; los caminantes pobres y mal proveídos; la Virgen muy delicada y vecina al parto; el tiempo aspero para caminar: y por el mal aparejo de las posadas, á causa de ser tantos los huéspedes que de tantas partes acudirían. Camina tu en espíritu esta santa romería, y con pureza y simplicidad de niño, y con humilde y devoto corazón sigue estos pasos piadosos, y sirve en lo que pudieres á estos santos peregrinos, y escucha como en todo este camino unas veces hablan de Dios, otras van hablando con Dios; unas veces orando, y otras dulcemente platicando: y así trocando los ejercicios, vencian el trabajo del caminar. Camina pues tu, hermano, con ellos, para que siendo compañero en el camino y en el trabajo, lo seas despues del alegría y de la gloria del mysterio.

Considera la extrema pobreza y humildad que el Rey del Cielo escogió en este mundo para su nacimiento: pobre casa, pobre cama, pobre madre, pobre ajuar, y tan pobre aderezo, que la mayor parte de lo que allí sirvió, no solo fue pobrissimo y bajissimo, sino tambien (como dice San Bernardo) prestado, y prestado de bestias. Tal fue la posada que escogió el Criador del mundo, y tales los regalos y deleytes temporales que tuvo aquel sagrado parto, y aquella Virgen parida.

Estando pues en esta posada, dice el Evangelista que

se cumplieron los dias del parto de la Virgen, y llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las Escrituras divinas. Llegó aquella hora de la qual pendía la salud del mundo, el reparo del Cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado: por la qual lloraban y suspiraban los gemidos y destierro de todos los Santos. Era la media noche, mas clara que el medio día (quando todas las cosas estaban en silencio, y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta) y en esta hora tan dichosa sale de las entrañas virginales a este nuevo mundo el unigenito Hijo de Dios, como esposo que sale del talamo virginal de su purissima Madre. Mas de qué manera salió? Como lo canta la Iglesia, diciendo: Como sale el rayo de la estrella, sin que pierda de su entereza ni hermosura, así la Sacratissima Virgen nos parió la luz eterna: la qual mas santificó á su purissima Madre.

Pues en esta hora tan dichosa aquella omnipotente Palabra de Dios descendió de las sillas reales del Cielo á este lugar de nuestras miserias, y apareció vestido de nuestra carne, y acompañado de todas aquellas penas y miserias (excepto las de ignorancia y malicia) con que nacen los otros hombres. De suerte, que ya puede él decir por sí aquellas palabras del Sabio: Soy yo también hombre mortal, como los otros del linage terreno de aquel que primero que yo fue formado: y en el vientre de mi madre tomé substancia de carne, y despues de nacido recibí este ayre comun á todos, y caí en la misma tierra que todos: y la primera voz que dí, fue llorando, como todos los otros niños; porque ninguno de los Reyes tuvo otro origen en su nacimiento: todos tienen una misma manera de entrar en la vida, y una manera de salir de ella.

Considero yo en estas palabras que si se cuenta por grande humildad en este que habla en persona de Rey, contar de sí estas bajezas que tenía comunes con los otros hombres; quanto será mas maravillosa la humildad, que haya querido bajar á ellas el Criador de todo? Quanto mayor maravilla es que se quisiese hacer otro segundo Adam, y que de él se puedan decir entre los hombres aquellas palabras que por ironía y manera de escarnio se dixerón del primero Adam: Veis aquí a Adam como uno de nosotros, que sabe de bien y de mal. Veis aquí al Salvador del mundo, á la Gloria del Cielo, al Señor de los Angeles, á la bienaventuranza de los hombres, y á la Sabiduria eterna engendrada antes del lucero de la mañana, que por boca de Salomon tan magnificamente se gloria diciendo: No estaban aun criados los abysmos, y ya yo era concebida: aun no havian brotado las fuentes de las aguas: aun no se havian asentado todos los montes en sus lugares: ante todos los collados ya yo era engendrada. Veis aquí con principio al que era sin principio. Veis aquí hecho al que era hacedor de todas las cosas; que sabe ya de bien y de mal, sabe de lagrimas y de penas, sabe de trabajos, de dolores, ansias y gemidos. De todo sabe, y no poco, sino mucho: pues (como dice Isaías) él es varon de dolores, y que sabe de enfermedades.

LA VIDA  
COMENTARIO INTERNACIONAL

# *La grave situación de Francia*

V

*Los últimos veinte años*

En la breve — aunque para algunos, tal vez, demasiado extensa — exposición de los profundos móviles que presidieron la mayor parte de las realizaciones políticas y sociales de la III República, ha quedado de manifiesto la decisiva influencia que las fuerzas ateas y anticristianas tuvieron casi siempre en el gobierno de la nación.

Hora es ya, por lo tanto, de precisar algo más la importancia de dichas influencias, en los años transcurridos desde el final de la pasada guerra, hasta el inicio de la conflagración presente. En este breve período de tiempo se gestó de un modo inmediato la actual tragedia de Francia, aunque sus causas fundamentales, básicas, hayan de buscarse en aquellos momentos, ya apuntados, en que se estableció como algo consubstancial con el régimen republicano la persecución oficial de la Iglesia y el consiguiente reinado del más furibundo laicismo.

No hablaremos de hechos políticos concretos, aunque externamente tengan un cierto relieve, ni trataremos de explicar cuestiones de orden general que por su propio carácter pueden encontrarse en cualquier recopilación histórica o en comentarios fácilmente asequibles.

Nuestro propósito es poner de relieve algo de lo mucho que ha quedado sumido en la obscuridad, y que por el propio misterio en que se envuelve, es despreciado como ilusorio por algunos, o ignorado por los más. Bien lejos de nuestra voluntad la explotación del sensacionalismo, pero creemos imprescindible no dejar en el olvido hechos y documentos que son de suyo suficientes para interpretar con rectitud un, por tantos conceptos desgraciado, período de la historia contemporánea.

*La Masonería columna vertebral de la República*

La existencia de fuerzas secretas cuya misión es la de organizar el mundo bajo principios totalmente opuestos a los del Reino de Cristo, es una verdad de la cual no es lícito dudar después de las solemnes amonestaciones de los Romanos Pontífices, y muy especialmente después de la memorable encíclica "Humanum genus" de Su Santidad el Papa León XIII, reproducida fragmentariamente en estas mismas páginas. Sin embargo, pasar de esta verdad a la conclusión de que los elementos sectarios están en todas partes y que acechan desde cada esquina, es desvirtuar los puntos fundamentales de la cuestión.

Pero sería caer en el extremo opuesto, opinar que la Masonería, pongamos por caso, es algo risible digno solamente de comentarios irónicos, so pretexto de su inocuidad y de sus ridiculeces. Absurda calificación que, a no dudar, las propias logias han inventado para lograr una mayor libertad de movimientos. No, la Masonería ha de ser considerada en su auténtico valor, especialmente en

función de sus intervenciones, manifiestas o disimuladas, en el gobierno de la sociedad. ¡Cuántas convulsiones de tipo revolucionario no tendrían racional explicación si olvidásemos los manejos de las sectas! ¿Y podrían tenerla algunos conflictos internacionales ignorando la existencia de intereses ocultos?

La "Revue de Deux Mondes" publicó el día 15 de marzo de 1934 un escrito al cual pertenece el siguiente párrafo:

"Cada día con mayor certeza tenemos la impresión de que lo que vemos sobre la escena no es más que un juego de marionetas cuyos hilos están escondidos para nosotros. ¿Se trata de constituir un Ministerio? No lo será hasta que un poder oculto lo decida. Nosotros, mientras tanto, hemos de soportarlo todo como espectadores doloridos e impotentes. Esta impresión de misterio que pesa sobre nosotros, esta sensación de cosas turbias y de combinaciones tortuosas que se traman en la sombra, es la que hace a la atmósfera actual tan grávida y penosa".

La impresión de dicha Revista se hubiera trocado en certidumbre si hubiese conocido o recordado las palabras que se pronunciaron unos años antes, en cierto lugar donde, tal vez, dieran razón del manejador de aquellos invisibles hilos.

En la reunión celebrada en el año 1919 por el Gran Oriente francés, uno de los asistentes, destacado personaje dentro de la secta, se expresó así: "*Por encima de los gobiernos que van sucediéndose, la Masonería, columna vertebral de la República, permanece*".

En esta corta frase quedaba resumida la tremenda realidad de una situación incomprensible a todas luces, no tanto considerada en sí misma, sino por su prolongada continuidad a despecho de las fuertes sacudidas que amenazaron en múltiples ocasiones su carcomida estructura.

A pesar de los escándalos financieros; del grave incumplimiento de las promesas políticas y sociales; del continuo tejer y destejer por parte de los hombres colocados en los puestos de gobierno; de las acusaciones concretas, claramente demostradas, contra algunos primates de un orden de cosas que hundía a Francia en el descrédito y en la ruina; a pesar de todo ello — repetimos — la Masonería y su inspirador el Judaísmo, permanecían. Y se sostenían, manteniendo contra viento y marea los mismos principios disolventes; ocultando a los responsables de tanto escándalo; desvirtuando las acusaciones comprobadas; y soliviantando a las masas con pretextos nimios para apartar su atención de las cuestiones comprometedoras; en una palabra, usando y abusando del predominio que ejercían sobre los poderes del Estado.

Quizás podría creerse que la Masonería disfrutaba de una gran fuerza gracias a una afiliación nutridísima que alcanzaba los últimos rincones del país; nada más lejos de lo cierto. Los masones constituían una ínfima minoría den-

tro del pueblo francés, mucho más reducida que el núcleo protestante de finales de siglo. En el período que estamos estudiando, existían, según estadísticas dignas de crédito, 785 logias con un total de 50.000 afiliados. El número era tan exiguo que parece extraño que la organización fuera capaz de llevar en su puño a la nación entera. La dificultad, sin embargo, es más aparente que real.

### *Tentáculos masónicos*

No olvidemos que a la Masonería no le interesa la recluta directa de la masa; para conseguir el apoyo de ésta, se vale de entidades, múltiples en su número y diversidad, que con nombres y fines divergentes en apariencia, están de hecho bajo la dirección de masones calificados, y en último lugar del Gran Oriente. A través de dichas entidades, logra la Masonería influir poderosamente en la conciencia popular, con la ventaja indiscutible de guardar el anonimato para la secta que en este sentido es una verdadera cantera de "dirigentes".

Una de las más importantes organizaciones de tipo general controladas por la Masonería, era la "*Ligue des Droits de l'Homme*", fundada por los franc-masones Guyot, Reinach, Richet y otros, que llegó a alcanzar más de 175.000 miembros, distribuidos en 25.000 secciones repartidas por todas las ciudades francesas. De la "Liga" partieron casi siempre, bajo la inspiración de las logias, las campañas sectarias, encubiertas bajo el pretexto de defender la amenazada "libertad".

Otras muchas sociedades políticas, profesionales, deportivas, recreativas, filantrópicas, "educativas", etc., etc., servían a la Masonería de campo abonado para sembrar sus doctrinas, difundir consignas cautelosamente y reclutar nuevos adeptos.

Recordemos la *Liga de la Enseñanza*, que agrupaba a más de 20.000 sociedades con un total de 500.000 miembros; la *Confederación General de las Obras laicas*, poderosa organización en cuyo seno se congregaban gran número de orfeones, compañías teatrales de aficionados, grupos deportivos, y entidades similares esparcidas por toda la nación; la *Federación del Libre Pensamiento*, en contacto directo con los "sin Dios" de Moscú; la *Federación de Antiguos Combatientes Republicanos*, núcleo poderoso integrado por unos 250.000 asociados; el *Grupo "Se connaître"*, destinado a mantener la amistad y alianza de los masones franceses con los masones rusos; *El Recuerdo*, agrupación cuya finalidad era la conmemoración de los sucesos revolucionarios; el *Banco Popular, Solidaridad industrial y comercial*, que tan solo realizaba transacciones con individuos relacionados con la Masonería; y otras organizaciones que harían interminable esta relación.

Un espléndido aliado de las sectas fué, sin duda alguna, el *espiritismo*. El espejuelo de una propaganda persuasiva y tenaz, y la atracción de lo extraordinario entre la muchedumbre, dió gran impulso a innumerables centros que cultivaban y se servían, principalmente, de la ignoran-

cia popular. Sus efectos, no obstante, alcanzaron proporciones insospechadas. "La doctrina de Allan Kardec — ha dicho un escritor — influenció a gran número de producciones científicas, literarias y artísticas contemporáneas"; los escenarios franceses ayudaron a la difusión del espiritismo, representando obras de este carácter, como "*Le Trois Voyages*", "*Le Guérisser*", "*Bifur*", "*Sur l'autre Rive*", y otras.

La Masonería, creó también organizaciones de tipo profesional, cuya dirección se reservó en todo momento. Estas agrupaciones tuvieron gran importancia; la sola enumeración de las que creemos de mayor interés, será suficiente para comprender cuan temible y complejo era el cáncer que roía el cuerpo social del vecino país. He ahí los nombres de algunas entidades de este género:

- Fraîternelle des journalistes.*
- Groupe fraternel de l'enseignement.*
- La Santé* (grupo masónico de médicos).
- Les Amis de Rabelais* (médicos).
- Fédération Maçonnique des arts et des lettres.*
- Union frat. des artistes.*
- Amicale du spectacle.*
- Artistes lyriques du théâtre.*
- Groupement mixte de chant choral "L'Équerre".*
- La frat. du cinéma.*
- Amicale des sportifs.*
- Chambre professionnelle des Experts-comptables de France.*
- Union fraternelle des employés et représentants du commerce et de l'industrie.*
- Amicale des voyageurs et représentants de commerce.*
- Amicale frat. et internationale des assurances.*
- Groupe fraternel de la publicité.*
- Mercur* (publicidad).
- Groupe fraternel du livre, de la presse et des institutions s'y rattachant.*
- Amicale du Rail.*
- Groupe frat. du Ministère des Finances.*
- Amicale du Ministère des Travaux Publics.*
- Amicale du Ministère de la Préfecture de Police de la Sûreté Générale.*
- Groupe frat. des administrations de la Ville de Paris.*
- La Voûte d'Acier.*
- Groupe fraternel de l'Air.*
- Trident de Neptune* (asociación de marinos).
- Groupe fraternel du gaz de Paris.*
- Union frat. de la métallurgie et des industries s'y rattachant.*
- Union frat. du bâtiment.*
- Union amicale de la Fourrure.*
- Fédération mixte de l'alimentation.*
- La Farine* (panaderos, pasteleros).
- Groupe frat. des cuisiniers.*
- Groupe frat. de l'exportation.*

*José-Oriol Cuffi Canadell.*

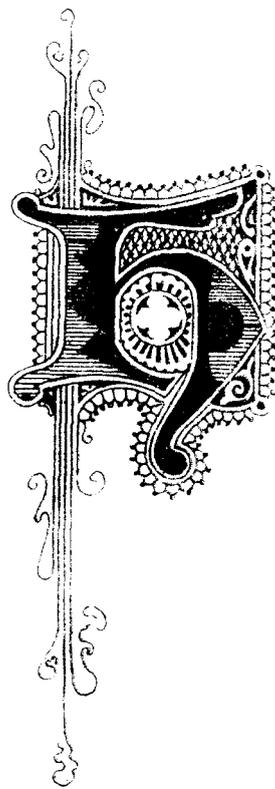
**BARATA Hnos.**

**SUCESOR**

**TEJIDOS DE LANA**

**PLAZA MARAGALL, 2 • TELÉFONO 2322**

**TARRASA**



**Hijo de Manuel  
Vallhonnat**

**Tarrasa**

# CUEVAS DE ARTÁ

---

# MALLORCA



MÚLTIPLES son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

LAS MARAVILLOSAS CUEVAS DE ARTÁ

*Regtor*

Fabricación iniciada en 1916

Papel mate insuperable  
para estampería

*Negra y Tott*

Mallorca, 480-482 ♦ Teléf. 51541

B A R C E L O N A